

Si este libro se perdiera
o como puede suce-
der suplico a quien
lo encuentre que lo devuelva
si quiere saber
mi nombre abgate lo por

cede
as de Jura Muñoz

Dolores Muñoz

Carmona Muñoz

María Muñoz

SISTEMA
DE LAS
FACULTADES DEL ALMA.

6315

SISTEMA

DE LAS

FACULTADES DEL ALMA.

SISTEMA

DE LAS

FACULTADES DEL ALMA

POR

Mr. P. LAROMIGUIERE,

Profesor de Filosofía en la Academia de París.

ANOTADO Y ADICIONADO CON UN NUEVO ENSAYO SOBRE LAS FACULTADES DEL ALMA

POR

GRUYER,

Y TRADUCIDO AL CASTELLANO POR

D. Alfredo Adolfo Comus,

Individuo de varias Corporaciones científicas económicas y literarias.

CÓRDOBA:

Imprenta de Noguér y Manté-
1841.

213754

DE LAS

FACULTADES DEL ALMA

POR

MR. F. FARONIGIERE,

Profesor de Filosofía en la Academia de París.

AZOTADO Y ADECUADO CON UN NERVO EN-
SAYO SOBRE LAS FACULTADES DEL ALMA

POR

C R U Y E R,

Y TRADUCIDO AL CASTELLANO POR

D. Alberto Bello Gonnas.

Indicado de varias Corporaciones científicas, acadé-
micas y literarias.

CÓNDORA:

Imprenta de Noguer y Manté.

1841.

EL EDITOR.

La presente publicacion no es de modo alguno una reimpression de las que con igual título se han publicado en Barcelona y Madrid. Las variaciones hechas en el contexto de la traduccion, como las notas que la acompañan, no conocidas hasta ahora del público español y el nuevo ensayo con la tabla analítica que vá adjunta, lo constituyen un trabajo completamente nuevo, que no podrá menos de reportar la mayor utilidad á nuestra actual juventud literaria. Lo que nos mueve á publicarla sin temor de que desmerezca del aprecio que ya han dispensado varias Corporaciones científicas á las obras de tan ilustre Autor.

La presente publicación no es de mo-
do alguna una reproducción de las que con
igual título se han publicado en Barcelona
y Madrid. Las variaciones hechas en el
contexto de la traducción, como las notas
que la acompañan, no conocidas hasta aho-
ra del público español y el nuevo ensayo
con la tabla analítica que se adjunta lo
constituyen un trabajo completamente
nuevo, que no podrá menos de reportar la
mayor utilidad á nuestra actual juventud
literaria. Lo que nos mueve á publicarla
sin temor de que desmerezca del aprecio
que ya han dispensado varias Corporacio-
nes científicas á las obras de tan ilustre
Autor.

A MI DIGNO AMIGO

Y COMPAÑERO

EL Dr. D. MANUEL MARIA

DE

PINEDA Y ESCALERA,

*Abogado de los Tribunales Nacio-
nales, &c.*

Como una ligera prueba del sincero afecto que le profesa

A. A. Camus.

3 de Mayo de 1840.

A MÍ DIGNO AMIGO

Y COMPAÑERO

EL DR. D. MANUEL MARÍA

DE

PINEDA Y ESCALERA,

Abogado de los Tribunales Nacio-
nales, &c.

Como una ligera prueba del sincero afecto
que me inspira

Me he permitido

3 de Mayo de 1840.

EL TRADUCTOR.

Nadie ignora lo difícil que es traducir bien esta clase de obras. No basta solo conocer á fondo la índole y genio particular de cada idioma, sino que tambien se necesitan conocimientos mas que medianos de las ciencias de que tratan. Un nombre, un verbo, un simple adverbio que en cualquiera otro caso pudiera llevar sin riesgo una significacion aproximada, trastornaria todo el sentido de una oracion, de un período, de un capítulo entero, y desgraciaria toda la obra. No es esto decir que al emprender la traduccion del *Sistema de las facultades del alma* me haya creido con los conocimientos necesarios para acometer dignamente tamaña empresa; harto conozco mi insuficiencia para creerme con todas las nociones de idiomas y de ideologia que requiere la version de un tratado que en gran parte versa sobre el recto uso de las voces, y sin el cual mal podremos espresarnos con propiedad, ni comunicar bien nues-

X.

tras ideas á los demas, ni menos adquirir debidamente las que nos vienen por los medios orales; pero al menos pienso haber conocido todos los peligros á que me esponia si no desempeñaba mi encargo con acierto.

Por otra parte he creido que debia vencer todo el temor que desde luego se habia apoderado de mí, procurando hacer un servicio á la juventud española, ahora que empieza á desecharse el método rutinario de la antigua escuela, y á enseñarse la filosofia con todas las variaciones y mejoras que reclaman en el dia los adelantamientos de la ciencia, y particularmente los que ha hecho el siglo XIX en una de sus partes mas esenciales como lo es la *ideologia*.

PRÓLOGO.

DEL ANOTADOR.

En todos los ramos de los conocimientos humanos hay cierto número de obras que se distinguen entre la multitud, y que hacen época en la historia de la ciencia á que pertenecen. Obras cuyos autores han descubierto verdades fundamentales, ó ilustrado por un nuevo método de esposicion; verdades que se conocieran imperfectamente hasta entonces.

Asi es como la ciencia del derecho público ha ido elevandose en Francia por grados, creada por Montesquieu, regularizada por Rousseau, y perfeccionada por los trabajos de los publicistas modernos. Asi es como la filosofía que se propone por objeto el estudio de nuestra inteligencia, ha ido caminando de siglo en siglo hácia una

XII.

perfeccion siempre progresiva. Descartes creó el método que habia previsto Bacon. Locke, para hallar verdades fecundas, aprovechó el método que habia creado Descartes para servirse de él. En fin, Mr. Laromiguière ha llegado á rectificar y completar el sistema de Condillac y de Bonnet. Estas serán para la filosofía otras tantas épocas notables, señaladas cada cual por una revolucion importante en el sistema de la ciencia.

Laromiguière ha enseñado largo tiempo filosofía en una escuela justamente célebre. Todos saben el feliz éxito que ha coronado sus tareas y con cuanto tino y maestría ha desempeñado este encargo tan difícil como honorífico. Se sabe que muchos hombres los mas distinguidos por sus conocimientos iban á instruirse todavía en las lecciones de este sabio profesor. Todos deseaban vivamente que redactase y publicase tan interesante lecciones. Cedió en fin al deseo general reasumiendo en un corto volúmen lo mas precioso de tantos años de Cátedra, y que es el fruto de las meditaciones de su vida entera. Un colaborador de la Revista Enci-

XIII.

elopédica elogia así un libro que, dice, es en efecto por la profundidad de sus pensamientos, su método y su estilo uno de los mas distinguidos monumentos de la filosofía y de la literatura francesa, y que puede considerarse como una de las mas hermosas producciones de la ciencia y del genio.

Aparecerá quizá extraño ver un trabajo tan perfecto cargado de tantas notas críticas, y observaciones mias, pero estas reflexiones bajo cualquiera forma que yo las presente, son dudas únicamente que propongo á mis lectores, y que las someto á la sensura al mismo Sr. Laromiguière, rogandole se sirva aclararlas ó disciparlas. Profúndamente versado en psicología, este hombre célebre ha respondido victoriosamente á todos los argumentos que le han presentado sus discipulos y oyentes; creo responderá de la misma manera á las objeciones que aun me aventuro despues de tantos otros á proponerle, en caso que los juzgue dignos de una seria atencion. Por otra parte es probable que me agradezca, ó que

XIV.

me perdone al menos haberselas hecho, supuesto que el mismo provoca las dificultades, las solicita, y promete implícitamente resolverlas.

Además de que si algunas de mis observaciones fuesen fundadas, no se inferirá por eso que Laromiguière se haya equivocado, que mi crítica habrá recaído sobre una mala interpretación de lo que él pudo pensar ó decir. Me creeria feliz si por estas mismas observaciones, pudiera yo comprometerle á que en un nuevo trabajo, en una edicion posterior añadiese las aclaraciones de que aun parece susceptible,

GRUYER:



ERRATAS IMPORTANTES.



Pág.	Lín.	Dice.	Léase.
3	20	union	<i>accion</i>
4	5	reunion	<i>reaccion</i>
13	20	de sensibilidad	<i>de la sensibilidad</i>
16	1	infinitas	<i>finitas</i>
18	8	que no hemo	<i>que hemos</i>
18	12	ellos	<i>ellas</i>
19	10	derivan	<i>deriva</i>
20	6	ellas	<i>ella</i>
24	6	que una compara- cion doble	<i>que una doble aten- cion; por el racioci- nio que la subdivide y que es una compa- racion doble.</i>
29	13	seria si	<i>seria solo</i>
13	10	composicion, ó	<i>composicion, descom- posicion ó</i>
41	5	un hombre	<i>un nombre</i>
59	14	nombre; y afin de expresar	<i>nombre; porque los signos no se múlti- plican sino para se- ñalar las diferencias y afin de expresar</i>
62	13	posicion	<i>porcion</i>
62	15	agote	<i>agoten</i>
64	6	que no tiene	<i>que tiene</i>
80	16	digamos, el metodo	<i>digamos el método</i>

ERRATAS IMPONTA Y TRES
 en el presente libro se han corregido los errores que se han encontrado en el anterior.

Pág. lra.	Dice	Debe
2	union	reunion
4	reunion	reunion
17	de la reunión	de la reunión
18	indianes	indianes
19	que no hemos	que hemos
19	ellos	ellos
19	después	después
20	ellos	ellos
21	que una compare	que una compare
21	con ellos	con ellos
29	serie 2	serie 2
32	composicion, ó	composicion, ó
41	en hombre	en hombre
49	nombres y año de	nombres y año de
63	posicion	posicion
63	agosto	agosto
64	que no tiene	que no tiene
66	discurso en materia	discurso en materia

SISTEMA

DE LAS

FACTULTADES

DEL ALMA.

LECCION PRIMERA.

Actividad y sensibilidad del Alma.

§. I.

Cuando algunos rayos de luz hieren nuestros ojos, el movimiento que imprimen en la retina, se comunica al cerebro; y á este movimiento del cerebro se sigue en el alma una impresion, una sensacion, la sensacion del color.

Cuando un cuerpo sonoro pone en conmocion las particulas del aire, las vibraciones que resultan de esta conmocion, se transmiten al órgano del oido; el movimiento que ha recibido este órgano se comunica al cerebro, y el alma entonces experimenta el sentimiento del *sonido*.

Otro tanto sucede con los demás sentidos.

Siempre que el gusto, el olfato y el tacto reciben impresiones de algun objeto externo, los movimientos que reciben, se comunican al cerebro, y á este movimiento siempre le sigue una impresion en el alma.

Luego hay tres cosas que considerar en nuestras sensaciones, en las impresiones producidas por la accion de los objetos externos, á saber: la impresion en el órgano, el movimiento del cerebro, y la misma sensacion.

Esto es incontestable, y no imaginamos que la contradiccion pueda dete-

nernos en este primer paso. Ensayemos otro no menos seguro que el primero.

El alma se modifica, experimenta sensaciones ocasionadas por los movimientos, que son á su vez el resultado de la impresion que han sufrido los órganos por la accion de los objetos externos.

Pero, desde que el alma siente, ó está bien, ó está mal; tiene placer ó dolor: y la experiencia de cada momento de la vida nos dice que el alma no recibe indiferentemente modificaciones tan contrarias: ella obra, hace esfuerzos para retener el sentimiento *placer*, y para repeler el sentimiento *dolor*. La experiencia nos dice tambien que esta accion del alma no se limita á modificarla. Sucede muchas veces en efecto que á esta ~~accion~~ ^{accion} sigue un movimiento del cerebro, el cual es seguido de otro movimiento del órgano que se inclina hácia el objeto externo, ó que tiende á alejarse de él.

Aquí tenemos dos series de hechos en sentido inverso: 1.º acción del objeto sobre el órgano, de éste sobre el cerebro, y de éste sobre el alma; 2.º acción ó ^{del}reunión del alma sobre el cerebro; comunicacion del movimiento recibido por el cerebro al órgano que huye del objeto, ó se dirige hácia él (a).

Luego los órganos exteriores de los sentidos, el cerebro, y el alma pueden y deben considerarse en dos estados enteramente opuestos. En el primer estado, el órgano y el cerebro reciben el movimiento, y el alma percibe la sensación: el impulso viene del exterior al interior, y el alma está pasiva. En el segundo estado, la acción es de adentro á fuera, y el alma está activa. El principio del movimiento reside en el alma que obra sobre el cerebro; este conmueve al órgano, y este procura alcanzar el objeto, ó evitarle.

Todos los idiomas del mundo, así de los pueblos civilizados como de los

bárbaros atestiguan esta verdad.

En todas partes se *vé* y se *mira*; se *oye* y se *escucha*; se *huele* y se *olfatea*; se *gusta* y se *paladea*; se *reciben impresiones mecánicas* de los cuerpos y se los pone en *movimiento*. Luego todo el género humano sabe, y no puede dejar de saber que hay una diferencia entre *ver* y *mirar*, entre *oir* y *escuchar*, sabe, diciéndolo en otros términos, que somos ya *pasivos* y ya *activos*; que el alma es sucesivamente *activa* y *pasiva*.

Consúltese la analogía, la mas simple de las analogías, y se notará que los ojos *ven* y *miran*, que el alma *obra* y *padece*.

Sensibilidad, actividad: estos son los dos atributos que la experiencia nos obliga á reconocer en el alma. Por la *sensibilidad* es susceptible el alma de ser modificada; por la *actividad* puede modificarse asi misma.

Luego la actividad es una potencia, un poder, una *facultad*. La sensibilidad

ni es facultad, ni poder, ni potencia; es simplemente *capacidad*; ó, si se quiere seguir llamandola *facultad*, será una *facultad* pasiva; expresion contradictoria aunque empleada por los mejores filósofos.

Al reconocer en el alma la sensibilidad y la actividad como dos atributos que le son inseparables, nos atrevemos á creer que hemos enunciado una verdad que ningun sofisma lograria conmover. (b)

§. II.

Pero despues de haber expuesto lo que creemos saber, no temeremos confesar lo que ignoramos.

Porque si la curiosidad de nuestros oyentes quisiese conocer el modo como un movimiento del cerebro produce un sentimiento en el alma, le diriamos que no lo sabemos. Si nos preguntasen como es que el alma conmueve al cerebro, contestariamos que lo ignoramos. Si

nos preguntasen por último, si la acción del alma se ejerce inmediatamente sobre el cerebro; ó si necesita el alma de algun intermedio para obrar sobre si misma, tambien á esto responderíamos que nada sabemos. (c)

Todavía necesitamos advertir que la voz *acción*, aplicada al alma y al cuerpo, se toma en dos acepciones diferentes. Aplicada al órgano ó al cerebro, significa lo mismo que *movimiento*, y en este no puede consistir. (d)

Apesar de la ignorancia que acabamos de confesar, siempre queda incontestable que el alma es pasiva y activa; pasiva, si la consideramos como modificada por la acción de los objetos externos; activa, si la miramos como modificandose á si misma ó á sus sensaciones. (e)

§. III.

Cuando queremos expresar el resultado de la impresion de los objetos sobre



los sentidos, decimos que *sentimos*: y si á la forma del *verbo* sustituimos la del *sustantivo*, podremos decir á nuestra voluntad que experimentamos una *sensacion*, ó un sentimiento.

Debemos observar que no es siempre indiferente servirse indistintamente de estas dos espresiones. La palabra *sensacion* indica una idea compleja, que no es sino el sentimiento con relacion á los objetos externos. Cuando queremos espresar el efecto inmediato de la impresion que los objetos hacen en nosotros; cuando queremos manifestar este efecto en si mismo, y sin otro enlace, se necesita caracterizarle con una voz mas simple, con la palabra *sentimiento*, cuya idea no envuelve relacion alguna estraña.

La *sensacion* tiene su origen en el *sentimiento*, y podremos definirlo, diciendo que es un *sentimiento juzgado*, ó *relacionado fuera del alma*.

El sentimiento no puede definirse;

buscar su origen es lo mismo que buscar una quimera. (f) Definir un hecho, es demostrar el hecho anterior que le contiene; es demostrar en este anterior, la modificacion que constituye el hecho que nos proponemos definir.

Por mas que se afanen los filósofos en buscar el *principio*, el *origen*, la *razon* del sentimiento, todos sus esfuerzos serán impotentes: nuestra existencia comienza para nosotros en el sentimiento; y así cualquiera modificacion conocida de nuestra alma, diferente del simple sentimiento, es necesariamente posterior á él.

Si fuera posible remontarnos mas allá del sentimiento, habríamos retrocedido un paso en el principio de nuestros conocimientos. El que hiciera este descubrimiento tendria la gloria de haber aumentado el sistema intelectual con un hecho primordial. Entonces, ya no habria de decidirse que nuestros conocimientos provienen de las sensaciones ó del sen-

timiento; todas dimanarian como tambien el sentimiento de ese principio desconocido que buscamos; pero todo esto es en vano. Mas allá del sentimiento nada hay para nosotros, ni para nuestra inteligencia; y en verdad los que buscan un principio anterior, nada buscan, aun cuando no lo hechan de ver. (g)

§. IV.

Quiero hacerme una objecion, que no me harian por que induce enteramente á una falsedad.

Objecion. Nos prohiben que investiguemos las causas de la sensibilidad y del sentimiento; pero ¿de que se ocupan los fisiólogos y los metafísicos? y ¿en que deberán ocuparse? jugando la sensibilidad tan gran papel en todos los sistemas de filosofía; si todo se funda en la sensibilidad, segun el sentir de muchos filósofos, ¿no es acaso preciso

saber que cosa sea esa admirable propiedad que distingue los animales entre las criaturas, y al hombre entre todos los demas animales? ¿y como llegamos á conocerla, sino consideramos al sentimiento en sus causas?

Respondo que no habiendo usado de la voz *causa*, la objecion se desvanece por no versar sobre nada.

Objecion. No habeis hablado de *origen*, de *principio* y de *razon*? pues bien, ¿*origen*, *principio*, *razon* ó *causa* no es lo mismo? ¿no se puede decir indiferentemente que Dios es el *principio* ó la *causa* de todas las existencias? que la elevacion de las aguas del mar tiene su *razon* en el paso de la luna por el meridiano, ó que la presencia de la luna en el meridiano sea la *causa* de elevarse las aguas del mar? y para expresar que todas las ideas tienen su origen en las sensaciones, no se dice que estas son las *causas* que producen las ideas? Poco importa que no hayais pro-

nunciado la voz *causa*, si habeis discurrido sobre su idea.

Respuesta. Primero, antes de responder á lo último que acabamos de oir, veamos que significa este language ¿pues que, son las sensaciones las causas que producen las ideas? ¡las sensaciones, *causas* de las ideas! ¡los materiales de las ideas, *causas* de las ideas! ¡el árbol de que se fabrica una estatua, causa de la Venus ó del Apolo! (*h*)

Origen y causa son dos ideas diferentes.

Es verdad que las voces *principio* y *razon* pueden alguna que otra vez reemplazar á la palabra *causa*, como en los dos primeros ejemplos propuestos; ¿pero que prueba esto? que cada una de estas dos palabras tienen dos acepciones, la que le es propia, y la de *causa*. Pero, no las he empleado sino en la acepcion que les era propia.

Luego me fundaba cuando dije que no habia yo hablado de *causa*; ni he ma-

nifestado mas la idea que la palabra.

Principio y causa son dos ideas relativas; principio á consecuencia, y causa á efecto.

Busquense cuanto se quiera las causas de la sensibilidad: ya se crea percibir las en el estremecimiento ò conmoción de los nervios, ya en el choque de los espíritus animales; en la irritabilidad de la fibra ò en el fluido eléctrico &c. estas opiniones no dejarán de tener partidarios; serán celebradas como interpretaciones de la naturaleza, hasta que sean reemplazadas por otras nuevas, tambien interpretaciones de la naturaleza, que serán á su vez substituidas por otras, y así continuamente.

Que apesar de tantas investigaciones inútiles, haya todavía quien busque la causa de sensibilidad (j) y del sentimiento, nada tiene esto de extraño; porque al fin esta causa existe; pero no se busque su principio; porque no le tiene. Hay ciertamente fuera de nosotros una cosa

que nos hace sentir; pero en nosotros, ni para nosotros, nada hay ni puede haber, que sea anterior al sentimiento.

§. V.

Me dirán que sutilizo en la distincion de las ideas; pero no llevarán á mal que procure explicarme con alguna precision; estoy seguro que lo aprobarán por el contrario, cuando sepan que la filosofía se ha precipitado en un abismo de extravagancias por haber confundido el *principio* con la *causa*, ó la *causa* con el *principio*, cuando era preciso distinguir y separar estas dos cosas; por haber confundido la *razon* con el *principio*, y el *origen*, cuando la *razon* era la *causa* misma.

Por no haber visto en la *razon* del universo mas que un *principio*, en lugar de ver en ella una *causa*, la escuela de Alejandría desechó la idea de la crea-

cion, extraviándose entre una multitud infinita de emanaciones y transformaciones.

El alma del mundo segun ella se transformaba en *genios*, en *demonios* y en *Eons* (1). Las emanaciones sucesivas iban descendiendo por una serie de degradaciones desde la inteligencia infinita hasta la mas limitada; se comunicaban unas con otras: se iluminaban; pero que digo? se iluminan en el dia, porque esta locura de las iluminaciones dura todavía.

Aun esto no es todo. Si en la *causa* solo se viera un *principio*, que sean consecuentes, y digan, que no solamen-

(1) Seres, Entia: voz griega derivada del verbo sustantivo ΕΙΜΙ cuyo participio neutro es ον, οντος, lo que es.

(N. del T.)

te las inteligencias infinitas son emanaciones de la inteligencia suprema, sino que hasta la misma materia sale del seno de la divinidad, Dios es todo, todo es Dios; y no hay mas que una sustancia. (k)

Tales son los deplorables abusos á que nos conducen los vicios del lenguaje. Y de aqui la importancia de formarnos ideas exactas y apreciar el valor genuino de las voces.

LECCION SEGUNDA.

Facultad de pensar.

§. I.

Entendimiento.

El *entendimiento* será conocido desde el momento que conozcamos todas las maneras de obrar, ó todas las facultades que nos sirven para adquirir

conocimientos; porque todas las facultades constituyen el entendimiento.

Si para descubrir la naturaleza del entendimiento, se creyera que es preciso y suficiente remontarse á lo que se llama con tanta impropiedad la *facultad de sentir* (l), este primer error podria conducirnos á otros muchos. El principio de nuestras facultades intelectuales siendo mal observado, todas las consecuencias serian falsas, y el sistema, obra de imaginacion, no tendria su modelo en la naturaleza, ¿como es posible que la simple capacidad de sentir, que una propiedad puramente pasiva sea la razon suficiente de lo que hay de activo en nuestras modificaciones? ¿La *pasividad* podrá nunca llegar á ser actividad? ¿Pudiera transformarse en actividad?

Las sensaciones pueden tener con las ideas y los conocimientos una relacion de naturaleza; pero no podrán tener esta relacion con las facultades ó

las potencias del entendimiento; y se engañaría torpemente quien creyera que bastaba haber experimentado muchas sensaciones para estar dotados de una grande inteligencia.

Verdad es que todo lo que sabemos, lo hemos sentido indubitabilmente ; pero cuantas cosas hay que ~~no~~ hemos sentido y que ignoramos! Las sensaciones pueden ser el principio ó el manantial de nuestros primeros conocimientos; pero no son ellos ^a nuestros conocimientos; y, si es menester recordar ejemplos desgraciadamente sobrado comunes, ¿quien no ha visto á esos infelices que sienten, y no hacen mas que sentir; que llegan á una edad avanzada, sin haber dejado nunca traslucir la menor chispa de razon? No será necesario transportarse á las montañas de Groelandia, para encontrar criaturas de figura humana que viven en una absoluta estupidez y en un completo embrutecimiento animal.

Supuesto que la diferencia de los entendimientos no proviene del mayor ó menor número de sensaciones, deberá entonces provenir de la actividad de los unos y de la inercia de los otros (*m*); porque fijándonos en las únicas ideas que tienen su principio incontestable en las sensaciones, (y estableceremos en otro lugar que hay un número incomparablemente mayor que se derivan de otros principios) todo en el entendimiento humano puede reducirse á tres cosas: á *sensaciones*, al *trabajo del entendimiento sobre las sensaciones*, y á las *ideas ó conocimientos* que resultan de este trabajo.

El primer desarrollo de la inteligencia, el que nos hace percibir las primeras ideas, es el producto de una acción que se ejerce inmediatamente sobre las sensaciones.

Para obtener un segundo desarrollo, ó adquirir nuevos conocimientos, necesitamos igualmente de tres condiciones, que son: ideas adquiridas por un pri-

mer trabajo; un nuevo trabajo sobre estas primeras ideas; é ideas nuevas resultantes de este nuevo trabajo.

De suerte que siempre se trata de partir de una cosa sentida ò conocida; operar sobre ella, á fin de adquirir las primeras ideas ó alcanzar otras nuevas.

1.^a Sensaciones, operaciones, primeras ideas;

2.^a Primeras ideas, operaciones, nuevas ideas;

3.^a Nuevas ideas, operaciones, &c.; y siempre del mismo modo, sin que podamos demarcar límites á la inteligencia.

Siendo pues todos nuestros conocimientos el producto de un trabajo del entendimiento, el producto de la accion de sus facultades, se trata de formarnos una idea de ellas; se necesita determinar su número; pero esta determinacion parece desde luego presentar grandes dificultades.

¿Quien sabrá decirnos de cuantas

maneras diversas hemos de operar para dar á la inteligencia todos sus desarrollos? ¿Cuántas potencias deberá el hombre poner en acción para elevarse desde un estado puramente sensitivo, á la altura de un Aristóteles, de un Descartes, ó de un Newyton?

Vamos á encontrar este preciso número de facultades; ó por mejor decir, ya le hemos hallado, y se nos presentará por sí mismo, procurando tener presente todo lo que exige el estudio de la naturaleza.

Son indispensables tres condiciones, y bastan para todos nuestros conocimientos, igualmente para el mas simple de los sistemas, que para la mas vasta de las ciencias.

Necesitamos ante todas cosas formarnos ideas muy exactas de todas las partes del objeto que estudiamos; y la *atencion* nos las suministrará, Pero ¿como han de formar estas ideas un cuerpo de ciencia si no tienen enlace algu-

no entre sí? Necesitamos pues, conocer sus relaciones; y la *comparacion* nos las descubrirá.

La ciencia empero todavía no existe. Ni merecerá este nombre sino desde que el entendimiento, de relacion en relacion, se hubiere remontado á la relacion por donde todo empieza: y solo el *raciocinio* nos conducirá hasta los principios; asi como de estos nos hará descender á las mas remotas consecuencias.

Atencion, comparacion, raciocinio: tales y no otras son las facultades destinadas á la mas inteligente de las criaturas; con una menos, que solo pudiera ser el raciocinio, ya dejaríamos de ser hombres; y con una mas, no sabríamos ni aun imaginarlo.

Por la atencion descubrió Galileo que los cuerpos, al caer verticalmente junto á la superficie de la tierra, recorren quince pies en el primer segundo, cuarenta y cinco en el siguiente, y setenta y cinco en el tercero, de manera que

los espacios que corren durante los segundos sucesivos, están entre sí como los números impares 1, 3, 5, 7, &c.

Por la comparacion de esta velocidad con que correria un cuerpo que estubiese colocado á una distancia igual á la de la luna, descubrió Newton que la gravedad disminuye en razon inversa del cuadrado de la distancia al centro de la tierra. Y él mismo por el raciocinio demuestra que esta regla es aplicable al sistema planetario, y que es una ley constante y universal de la naturaleza.

Por la atencion, descubrimos los hechos; por la comparacion, penetramos sus relaciones; y con el raciocinio los reducimos á sistema.

Por la atencion, pero una atencion que nunca se cansa, y que con tanta propiedad llamamos larga *paciencia*, se logran finalmente esas ideas felices que anuncian la presencia del genio: este por la comparacion adquiere extension,

y por el raciocinio adquiere profundidad.

Imata Por la atencion que concentra la sensibilidad en un punto; por la comparacion que la divide, y que no es mas que una comparacion doble, el entendimiento se transforma en potencia: obra, hace; y obrando de tres maneras diferentes, resultan de esta triple manera de obrar, las ciencias que mas honor dan á nuestra naturaleza; ¿habrá quien no nos permita concluir que el alma considerada como un ser inteligente, es una potencia que se compone de otras tres; que tiene tres podéres; que tiene tres facultades y no mas? (n).

§. II.

Ya oigo gritar arguyendome: ¡pues que! ¿la *sensibilidad* que dá principio á nuestra existencia; la *memoria* que la continúa, el *juicio* que nos enseña las relaciones, la reflexion que nos hace en-

trar en nosotros mismos, y la *imaginacion*, la mas brillante y fecunda de nuestras facultades no son tambien facultades?

¿Que piensa la filosofia? piensa acaso, dividiendo ó clasificando segun sus necesidades ó caprichos, mudar la naturaleza de las cosas.

Pero responderá la filosofia que por la sensacion, nosotros no obramos, sino que se obra en nosotros; que la sensibilidad es una simple *capacidad*, una propiedad de nuestra alma, pero no una facultad suya.

Dirá la filosofia que la memoria, ahora la consideremos como una simple disposicion al recuerdo, á la reproduccion de las sensaciones ó de las ideas, ahora la confundamos con las sensaciones ó con las ideas reproducidas, es un producto de la atencion; y para hablar en todos los sistemas, añadiremos que la memoria es una *sensacion continuada*, pero debilitada; es el residuo de una

sensacion, lo que queda *despues* de una sensacion es una sensacion renovada, una idea renovada, un fenomeno por último desconocido en sus causas, pero que no es en sí ni causa ni facultad (o).

La filosofía añadirá que en el juicio, tomado como una percepcion de relacion, nosotros no obramos: hemos obrado si, supuesto que ha sido necesario comparar; pero la percepcion de la relacion viene despues de la accion; y el trabajo del entendimiento concluyó en el momento mismo en que percibió la relacion (p).

La filosofía no negará seguramente que la reflexion é imaginacion sean facultades, y aun á las que mas debemos en todas las bellezas y riquezas de las artes, y todo lo mas profundo en las ciencias; pero responderá que la imaginacion cualquiera que sea el esplendor y brillo que la rodea, no es otra cosa mas que la reflexion cuando combina las imágenes (q); y que la reflexion componiénd-

dose ella misma de raciocinios, de comparaciones y de actos de atencion, no es una facultad distinta de estas facultades.

Luego el entendimiento humano comprende tres facultades, y solo tres, á saber: la atencion, la comparacion, y el raciocinio.

§. III.

Sean cuales fueren los sistemas que nos propongamos estudiar: sean obra de la naturaleza ó del hombre, todo el conocimiento que podemos sacar de ellos se reduce á él de los principios y sus consecuencias; y, como estas se limitan á demostrarnos lo que aquellos tenian ocultos, siendo además la naturaleza quien los da, se sigue que el entendimiento humano de ningun modo posee el poder de crear. Encuentra los principios, y no hace mas que descubrir las consecuencias, esto es, las ve bajo la cubierta que se las ocultaba.

Luego el entendimiento del hombre no crea. Respetemos empero el idioma, guardémonos de quitarle sus riquezas, y de empobrecerlo por una severidad que no podrian perdonarnos la razon ni el buen gusto.

Homero, Corneille y Newton serán siempre genios creadores. ¿Pues quien dejaria de conocer creaciones agradables en las ingeniosas ficciones de que está lleno el poema de Ariosto? (*) Y Platon y Mallebranche no se hallaban tambien dotados de una imaginacion creadora? quizá demasiado. La filosofia que nunca se ha valido la primera de este language, se encarga ahora de justificarle.

¡ Quien lo creyera ! á los matemáticos es á quienes se dirige para hallar el motivo de estas expresiones sin duda exageradas: es á la ciencia que impele á las facultades del entendimiento á mostrarse con toda su rectitud; á

(*) ¿Y él de Cervantes? (N. del T.)

quien consulta la filosofía para conocer la naturaleza de los efectos que ellas producen.

Todos los procedimientos matemáticos se reducen á tres, cuya sencillez hace tan seguros como fáciles de imitar.

Estos procedimientos son la adición, la sustracción y la sustitución, que forman un *tipo* que nunca se ha de perder de vista.

En efecto, el raciocinio que no fuese un cálculo, sería si un conjunto de ideas incoherentes, ó voces coordinadas al acaso.

Es preciso pues que el raciocinio, para que merezca este nombre, tome alguna de las formas que corresponde á los procedimientos de que se valen los matemáticos. Presentaré tres ejemplares: contando con la indulgencia de no haberlos escogido en los autores clásicos; no obstante que en sus obras se encuentran los mas bellos modelos del raciocinio, no he creído inoportuno tomarlos algun tanto téc-

nicos, y hasta un poco escolásticos. Pues quedarán mas fácilmente en la memoria.

Primer ejemplo: Pascal, aun siendo muy niño, sabia Aritmética, la Geometría y el Algebra; luego sabia las Matemáticas. *Adicion.* Vemos muy bien que, siendo la palabra sola *matemáticas* igual al conjunto de las tres voces *aritmética, geometría y álgebra*, el raciocinio enunciado es una *Suma*.

Segundo ejemplo: Pascal sabia las matemáticas; luego sabía la aritmética. *Sustraccion.* Aquí, de una suma total, las *matemáticas*, restamos ó sustraemos una suma parcial, ó si lo creemos preferible, de la idea compuesta *matemáticas*, separamos la idea menos compuesta, *aritmética*, que está contenida en ella.

Tercer ejemplo: Pascal sabia la geometría; luego sabia la ciencia cuyos primeros elementos nos dió Euclides. *Sustitucion.* En efecto, la ciencia cuyos primeros elementos nos ha dado Euclides y la geometría, son una misma cosa.

Léanse á Virgilio, Ciceron, Bossuet, La Fontaine, La Bruyère; léanse todos los mejores autores, los medianos, y los mas malos, si es posible, nunca hallaremos en sus *raciocinios*, no diré en sus *escritos*, sino las tres formas correspondientes á los tres procedimientos de los matemáticos; porque es imposible al entendimiento humano valerse de otros medios que los de composicion, ó simple sustitucion.

Ahora pues ¿cual de estas tres formas podrá merecer al genio el nombre de creador?

¿La sustitucion? pero no haciendo esta sino poner una expresion en lugar de otra, y manifestar en otros términos lo que ya se sabía, ¿con que fundamento se le ha de conceder la prerrogativa de hacer algo de nada?

¿Y la sustraccion? pero si esta, si el arte de las deduciones puede anunciar una grande sagacidad, una grande exactitud de entendimiento, nunca hon-

raremos con el nombre de *creador* á un talento que se limita á darnos á conocer una idea que ya existía en otra.

Réstanos solo la tercera forma, la que une lo que estaba dividido, la que reúne lo que está esparcido, la que recoge cien bellezas dispersadas en diferentes objetos de la naturaleza para componer una belleza única, un bello ideal; un todo preexistente en sus partes aisladas, es verdad, pero que en su reunión, nos presentarán nuevas combinaciones hasta ahora desconocidas. Los hombres encantados y agredcidos por el placer que les proporcionaban los autores de esas ingeniosas ficciones, creyeron que no podían recompensarlos mas dignamente que proclamándolos genios *creadores*.

§. IV.

Voluntad.

No le basta al hombre conocer. El

quiere ser feliz y no puede dejar de quererlo; y en todos los momentos de su existencia, se dirige continuamente hacia la felicidad con todas las potencias de su ser.

Cuando nos aqueja una necesidad, cuando la privación del objeto que juzgamos propio para librarnos de la necesidad, se hace sentir con fuerza; entonces principalmente obra el alma con energía: al principio no era mas que una ligera incomodidad que sin producir todavía turbación alguna dentro de nosotros mismos, nos advertía sin embargo la necesidad de cambiar de estado: muy pronto ya es una especie de inquietud que empieza á agitarnos, y crece de un momento á otro; por último, todas las facultades juntas entran en acción; todas á la vez se dirigen hacia el objeto cuya posesión puede restituirnos el sosiego. La atención se reconcentra toda entera sobre su idea; la comparación de su privación con el recuer-

do de su goce hace aun mas dolorosa esta misma privacion; y el raciocinio entonces busca todos los medios de asegurárnoslo.

Esta direccion de las facultades del entendimiento, hácia el objeto, cuya necesidad sentimos, es lo que se llama el *deseo* (*r*).

Cuando el alma desea, juzga que un solo objeto puede satisfacer sus necesidades, ó piensa que muchos objetos son propios para satisfacerlas. En este último caso, sucede muchas veces que toma una determinacion, esto es, que la accion de las facultades que se dividia entre dos ó mas objetos, cesa de dividirse asi, para dirigirse toda entera hácia uno solo: el alma lo escoge, lo quiere, lo prefiere (*s*).

Esta *preferencia*, que nace del *deseo*, producirá por sí misma una nueva facultad, sin la cual no habria bien ni mal moral sobre la tierra, es decir, la *libertad*.

Si bastase nombrarla para hacerla conocer, aqui terminaria esta leccion;

supuesto que despues de las determinaciones libres del alma, siguen los movimientos del cuerpo que ejecutan estas determinaciones; pero las operaciones del cuerpo no entran en el sistema de las operaciones del alma.

Mas, si nada parece á primera vista mas claro que la nocion de la libertad, si los hombres mas toscos é ignorantes, si hasta los mismos niños hacen de esta voz una aplicacion ordinariamente muy exacta, cuando el filósofo se pregunta sobre la influencia de los mas leves motivos, sobre la naturaleza de las causas y los efectos; cuando se responde que todo ha sido previsto, que ciertas leyes inmutables rigen el Universo; entonces vacila, dividido entre el sentimiento que le está gritando que es libre, y entre los argumentos de su razon que parecen probarle que todo está sometido á la necesidad.

La libertad es de tan alta importancia en los destinos del hombre, que

tal vez será grato que nos detengamos un instante en esta facultad.

Pero antes necesito prevenir una reflexion que podrian oponerme.

La cuestion de la libertad se presenta á tantas consideraciones, y consideraciones tan sutiles, que seria muy posible que no todos puedan acomodarse á los argumentos que voy á proponer. En efecto ¿como en materia que tanto ha desavenido á teólogos y filósofos, á los antiguos y modernos; á individuos y naciones; como pudiera lisongearme de reunir el ánimo de todos, conduciéndolos á una misma y única manera de ver? Si alguno pues entre mis oyentes no quedára satisfecho de lo que voy á decir sobre la libertad, no por esto se crea en derecho de inferir nada contra el sistema de las facultades del alma, objeto de estas lecciones; y lo que únicamente pudiera deducir, seria que el artículo de la libertad está por hacer.

Tambien necesito prevenir, que en

lo que voy á decir de la libertad, considero al hombre tal cual es en su estado actual, y no como pudieramos suponerle en un estado anterior ó precedente. Hablo del hombre sugeto á la ignorancia, llevando en su misma naturaleza una propension al mal como al bien, y no de una criatura que naciera con la inteligencia perfectamente formada, y con una voluntad siempre recta. Hablo de los hijos de Adan, y no de Adan antes de su caída; pero empecemos.

La condicion del hombre no es gozar de una dicha constante é inalterable: tampoco está destinado á ser siempre desgraciado; su vida corre en una alternativa de bienes y de males. Si sus votos se cumplieran, si sus deseos jamas encontrasen obstáculo alguno, apenas conocería la desgracia; muy luego se desembarazaría de las sensaciones dolorosas, para entregarse de lleno á las que le hacen amable la existencia.

El hombre, pues, como ya lo hemos observado, *prefiere* ciertas sensaciones á otras. De los diversos modos de ser que conoce, busca unos y desvía otros.

Tambien es un hecho, que frecuentemente el hombre *prefiere* ó *escoge* mal; esto es, que cuando compara el estado que ha escogido con el que ha desechado, y que le recuerda su memoria, juzga preferible este, y padece y siente de haberle desechado. Juzgar empero que esta situacion es preferible á la que eligió y padecer por su mala eleccion, esto se llama *arrepentirse*.

Asi, pues, tiene el hombre poder para escoger; para elegir ó para querer, ocurriéndole despues alguna vez que se arrepiente.

Y siendo este un sentimiento penoso, debemos inferir que mal de su grado se exponga á él: luego es una consecuencia, que instruido por sus culpas, examine, antes de elegir, cual de los dos estados que se le presentan, podrá

ocasionarle arrepentimiento, y cual no.

Hé aquí, pues, que *delibera*; compara los dos estados, procurando preveer sus resultados. Ya no le basta que un estado se le presente como agradable, necesita además que no arrastre el arrepentimiento. (t)

Y ya vemos que hay dos maneras de preferir, de elegir, de querer: la una antes de haber experimentado el arrepentimiento, y la otra cuando ya hemos padecido sus tormentos.

Cuando no hemos recibido todavía las lecciones de la experiencia, preferimos, elegimos, queremos el estado agradable, supuesto que un estado agradable, ó que nos gusta, ó que le preferimos, todo es lo mismo.

Pero cuando hemos ensayado el arrepentimiento, cuando sabemos que puede ser la consecuencia de una manera de estar agradable; entonces esta puede dejar de ser preferida, porque puede

dejar de parecer agradable. No solo se presenta esta manera de ser bajo el respeto de placer, sino bajo el de placer que puede seguirle el dolor.

Si juzgamos que la pena deba seguir al placer, principalmente si nos representamos esta pena como muy viva, entonces podrá suceder, y esto lo acredita la experiencia, que no queramos semejante placer. La idea y el temor de la pena harán que se deseche un estado que sin esto hubiera sido preferido; ya no preferiremos lo que hubieramos preferido; no querremos lo que hubieramos querido.

La experiencia del arrepentimiento hace pues que las mas veces no preferimos lo que sin ella hubieramos preferido. El arrepentimiento nos enseña á sacrificar un placer presente por el temor de un dolor futuro, un bien presente por el temor de un mal futuro.

Sacrificar lo presente á lo futuro; privarse de un placer actual por la con-

sideracion de las consecuencias funestas que puede acarrear en pos de si; preferir ó querer ó resolverse despues de de deliberar, es una manera de preferir ó de querer que toma un hombre particular; y la llamamos *libertad*.

Esta es pues el poder *de querer ó no querer, despues de haber deliberado* (*u*); como nos atestigua la experiencia que en muchas circunstancias queremos en efecto, ó no queremos, despues de haber deliberado, es muy necesario que tengamos el poder de obrar asi; y por consiguiente está probado que somos libres (*v*).

La libertad no es una eleccion ciega, por que está iluminada por las luces de la experiencia: no es una eleccion sin razon, supuesto que para evitar un mal ú obtener un bien, sacrificamos lo presente á lo futuro, y otras veces, lo futuro á lo presente.

Como la voluntad modificada por la

experiencia dá origen á la libertad, esta produce por si misma moralidad; y este nuevo caracter hace que la libertad, tal como acabamos de fijar su idea, adquiera el nombre de *libertad moral*, es decir, libertad que engendra moralidad.

El sacrificio que hacemos de un placer presente con la esperanza de un porvenir mas venturoso, ó se refiere única y exclusivamente á nuestro bien estar, ó tiene por objeto el de los demás. Yo sacrifico el placer presente, que tendria comiendo todavía mas, por el temor de un desorden en mi salud, ó para socorrer á un desgraciado. En este segundo caso hay una bondad moral en mi accion.

Igualmente si recibo un favor con la condicion de devolverle, si me comprometo á pagar un favor con otro, puedo olvidar mi promesa y tomar la determinacion de ser ingrato y obrar de mala fé, porque puede hacérseme du-

ro permanecer fiel á mi palabra; pero tambien puedo sacrificar la ventaja presente que pudiera resultarme de mi indigno proceder, al temor del perjuicio que pudiera ocasionar. En la primera suposicion mi conducta es moralmente mala; en la segunda, moralmente buena.

De donde se infiere que la moralidad y el egoismo son dos cosas contrarias. El hombre moral se acuerda de que tiene hermanos; el *egoista*, si es que existen semejantes hombres, no conoce mas que su vil YO; la humanidad es para él una cosa extraña, desconocida; esta voz no es mas que un vano sonido que no resuena jamás en su corazon. Este carácter de moralidad ó egoismo que modifica la libertad, recibe una infinidad de nombres que expresan otros tantos matices suyos diferentes, como por egemplo: la bondad, la jenerosidad, el agradecimiento, &c. y sus contrarios.

Lo que propriamente constituye la

moralidad, es el fin que se propone el agente libre, esto es, la felicidad de sus semejantes; tambien son algunas veces otros los motivos, como él de no lastimar la dignidad de nuestra naturaleza, él de conformarnos al orden, y el de someter-nos á la voluntad del Criador; en una palabra, un motivo que apruebe la ra-zon y sea extraño á nuestro interés per-sonal.

Pero volviendo á nuestro sistema, comprendemos bajo la palabra *voluntad*, el deseo, la preferencia y la libertad del mismo modo que bajo la de *entendimien-to* hemos reunido la atencion, la compa-racion y el racionio.

Nada nos faltará ya si logramos tam-bien reunir el entendimiento y la volun-tad bajo la palabra *pensamiento*.

§. V.

De este modo comprende el *pensa-miento* ó la facultad de pensar al en-

tendimiento y á la voluntad. (w)

El *entendimiento* comprende la atencion, la comparacion y el racionio. La *voluntad* comprende el deseo, la preferencia y la libertad.

Esta nace de la preferencia, y la preferencia del deseo: el deseo es la direccion de las facultades del entendimiento que nacen unas de otras, el racionio de la comparacion, y la comparacion de la atencion.

Por consiguiente está probado que el pensamiento ó la facultad de pensar, que abraza todas las facultades del alma, se deriva de la atencion, esto es, del poder que tenemos de concentrar nuestra actividad y sensibilidad en un solo objeto, para distribuirlas despues sobre varios.

Nótese una especie de correspondencia, una analogía aun bastante sensible entre las facultades del entendimiento y las de la voluntad. Tomadas en consideracion estas facultades, nos presentan

por una parte la atencion, y por otra el deseo; la comparacion y la preferencia; el racionio y la libertad.

Como la atencion es la concentracion de la actividad del alma sobre un objeto á fin de adquirir su idea; el deseo es la concentracion de esta misma actividad sobre un objeto, á fin de gozarle.

La comparacion es la aproximacion de dos objetos: la preferencia es la eleccion entre los objetos que acabamos de comparar.

El racionio y la libertad quizás no presenten la misma analogia; con todo, ¿en que consiste un acto de libertad? ¿no es una determinacion que se ha tomado despues de haber *calculado*, por decirlo así, sus ventajas y sus inconvenientes? ¿y la conclusion de un racionio? ¿no es el resultado de dos comparaciones ó de una especie de *balance* entre dos proposiciones? (*x*)

Tal nos ha parecido el sistema de las facultades del alma.

Por el uso feliz de las que forman el entendimiento descubrió Newton las leyes del Universo.

Por el buen uso de las que se refieren á la voluntad, encontró Sócrates la sabiduría.

¡Ciencia, sabiduría! estas dos voces han sido sinónimas en algunas lenguas antiguas. ¿Porque no han de serlo en todas las del mundo?

§. VI.

Por una rara felicidad se encuentra que casi todas las palabras, que sirven para designar las facultades del alma, son en cierto modo una imagen fiel de estas facultades. Examinémoslas todas una tras otra, desde la palabra *atencion* hasta la de *pensamiento*, veremos, que, excepto la voz *deseo* que no nos recuerda nada, y la de *entendimiento* que parece carecer de exactitud, designan todo lo que expresan. *Atencion* se deriva del

latin *tendere ad* ; dirigirse hácia ; libertad de *libra*, balanza; pensar segun su etimología, es pesar (*pendo*): raciocinar es lo mismo que *contar*, *tomar cuentas*, &c.

La voz *entendimiento* está tomada por metáfora del órgano del oído, para lo cual tenemos en español y en francés las dos dicciones, *escuchar*, (*écouter*) y *entender* (*entendre*); escuchar que representa á este órgano en un estado activo, y *entender*, que le supone en un estado pasivo.

Luego *entendimiento* tiene un vicio de origen, por lo que me habia casi decidido á no admitirle en el sentido activo, y sustituirle la voz *pensamiento*. Pero esta última palabra hubiera ofrecido el inconveniente por una parte de tenerla que aplicar á la reunion de todas las facultades del alma, y por otra, de tener que estar restringida á tres. ¿ Es acaso muy grave este inconveniente? ¿ Lo será bastante para haber-

nos autorizado á emplear una voz que carece de exactitud, especialmente cuando no hemos temido hacer que la palabra *voluntad* signifique dos cosas diferentes; una, la reunion del deseo, la preferencia y la voluntad, y otra, la simple preferencia.

Hé tenido que ceder al uso consagrado por los mas célebres metafísicos, y tal vez hice mal; porque nunca debiera el uso prevalecer contra la razon, principalmenee en filosofía; asi es, que en nuestros discursos, *pensamiento*, *facultad de pensar*, y *entendimiento*, significan por lo comun una misma y única cosa.

Observemos aqui, y procuremos que no se nos olvide, que casi todas las voces que designan las facultades del alma, sirven tambien para designar el producto de estas facultades, y que por lo tanto tienen una duplicada acepcion.

Entendimiento significa ya el conjunto de las tres facultades á las cua-

les debemos nuestras ideas y ya, la reunion de todas ellas. En este último sentido se le da mas comunmente el nombre de *inteligencia*.

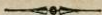
Pensamiento designa la accion de todas nuestras facultades y la de cada una de ellas: tambien se toma esta palabra como sinómina de idéa: asi es que leyendo un trozo de Buffon, de Bossuet, exclamamos; ¡qué hermoso *pensamiento*! ¡qué *idea* tan sublime!

Lo mismo sucede con los palabras *comparacion* y *raciocinio*, las que ademas de significar las facultades cuyos nombres llevan, se toman muchas veces, la comparacion, por la percepcion de una relacion simple, y el raciocinio, por la percepcion de una compuesta; ó como dice Mallebrache, de una relacion de relaciones, de una relacion entre una ú otras muchas. Lo mismo sucede tambien con las voces *deseo* y *voluntad*. El *deseo* en el language de muchos filósofos, es el *simple sentimiento* que nos hace experi-

mentar la privacion de un objeto. La *voluntad*, segun otros, es la misma libertad.

Véanse otros tantos ejemplos de la diversidad de acepciones de que es susceptible una misma palabra, por lo que es de la mayor importancia el no confundir estas acepciones.

SECCION TERCERA.



*Naturaleza, origen, causas, y formacion
de las ideas.*

§. I.

Cuando un niño, despues de haber examinado repetidas veces las letras del alfabeto, ha conseguido grabar con toda

precision la imagen de ellas en su cerebro, distinguiéndolas perfectamente unas de otras, decimos que las conoce, que tiene *idea* de ellas.

Antes, *veía* sin duda todos estos caracteres, puesto que herian su órgano; pero no *discernía* ninguno de ellos. Deteniendo sus miradas, primero sobre una letra, y despues sobre otra: fijando la vista mas particularmente y por mas tiempo en aquellas que por su semejanza tienden á confundirse, vence en fin una dificultad que sabriamos apreciar mejor, si los largos hábitos de nuestro entendimiento no nos impidiesen transportarnos mentalmente á una edad en la que aun no habiamos contraído hábito alguno.

El que quiere aprender la música, tendrá una *idea* de los diferentes signos que ella emplea, cuando no confunda las mínimas con las fusas y las corcheas; cuando familiarizado con las diversas configuraciones de las claves, no to-

me un tónico en lugar de una segunda, de una tercera ó de cualquiera otra entonacion.

El botánico tiene *idea* de una planta cualquiera, si á la simple vista, puede desde luego indicar su caracter distintivo.

El metafísico tendrá una *idea* de las diferentes operaciones del entendimiento, cuando supiere separarlas de las operaciones de la voluntad, y de todo lo que no pertenezca á la actividad del alma; cuando por una análisis, al principio lenta, para que sea mas segura, pero despues fácil y rápida, hubiere aprendido á penetrar el matiz fugitivo que las diferencia.

Yo tambien tendré una *idea* de la idea, si puedo hacerla conocer en medio de todos los fenómenos de la inteligencia que han confundido con ella, y si logro demostrarla por el caracter propio y peculiar suyo.

Muy feliz idea tuvo el que en el

movimiento de los cuerpos celestes descubrió la combinacion de dos movimientos. Esta idea fué el gérmen de la teoría de las fuerzas centrales.

Debió tener una *idéa* aun mas feliz aquel otro, que en un poder absoluto, en el que todo se creia indivisible, supo deslindar el poder legislativo y el ejecutivo. Esta idea es el fundamento del órden social.

Hay una idea que se eleva por cima de todas las ideas, y que eleva á la humanidad sobre sí misma. Aunque un instinto universal la sugiera inmediatamente; se necesitaba sin embargo una razon mas que vulgar para eliminarla de todo lo que pudiese alterarla ú oscurecerla. Dijeron algunos sabios. *Todo se hace en la naturaleza por agentes que mueven, y que son movidos á su vez: luego preciso es que haya un primer motor inmovil.* Entonces quitaron á la materia el poder y la inteligencia para devolver uno y otra á aquel que dispone de la materia.

Los filósofos de la Grecia buscaban el principio de las cosas en todos los elementos, en el agua, en el aire, en el fuego; buscábanle en los números y en la armonía. La razon de Anaxágoras y de Sócrates demostraron que debia haber una existencia independiente de todo lo que entra en la composicion del mundo. En tanto que se había identificado el primer principio con la naturaleza, no se tenia de Dios mas que un sentimiento confuso; este se convirtió en una *idea*, en el instante mismo que se les hubo separado el uno de la otra.

No nos cansemos de multiplicar los ejemplos. Galileo fué el que vió antes que otro alguno que el movimiento de un cuerpo que cae, difiere del de un cuerpo que corre con un movimiento uniforme y que sigue otras leyes: y la Física desde entonces se enriqueció con una nueva *idea*.

Descartes distinguió mejor que todos los que le habian precedido, el *pensamiento* de la *extension*; por lo que tu-

vo una idea mas exacta de estos dos atributos.

Newton distinguió siete rayos en uno solo. Desde este descubrimiento tenemos *ideas* mucho mas exactas sobre la naturaleza de la luz.

Hay, pues, en el espíritu de un hombre tantas ideas como cualidades, relaciones y puntos de vista pueda distinguir en los seres. Aquel que todo lo confunde, no tiene *ideas*; nada sabe: aquel que distingue hasta los menores matices, tiene precisamente un gran caudal de ideas; sabe mucho; lo que no quiere decir siempre que sea el mas instruido; porque hay ideas fútiles, estériles, despreciables y abyectas; asi como las hay grandes, fecundas, nobles y sublimes.

Desentrañar, discernir, distinguir, notar, conocer, adquirir y tener ideas, son otras tantas expresiones que en el fondo no significan mas que una misma cosa sola.

Y, como de una parte es evidente que no podriamos desentrañar ni discer-

nir, ni conocer cosa alguna, sino sintiésemos; y de otra, porque sentimos, conocemos nuestra propia existencia, y la de los objetos externos, sus cualidades y relaciones ya entre sí, ó ya con nosotros; de aquí se infiere que en el sentimiento mismo debemos buscar la *idea*; y que la *idea* no es mas que un *sentimiento desenredado de otros, un sentimiento que se distingue de cualquier otro, un sentimiento distinto.* (y)

§. II.

Examinando con atencion las diversas afecciones comprendidas bajo la palabra *sentir*, no tardaremos en echar de ver que muchas de estas afecciones se diferencian de tal modo unas de otras, que cualquiera diria que son de una naturaleza contraria.

Examinando todavía con mas atencion, lograremos enumerarlas; y nos convenceremos de que son cuatro.

Observemos desde luego la primera, la única que ordinariamente admiten los filósofos.

1.º Cuando un objeto obra en nuestros sentidos, el movimiento que han recibido se comunica al cerebro; é inmediatamente, de resultas de este movimiento del cerebro el alma siente y experimenta un sentimiento. El alma siente por la *vista*, por el *oído*, por el *olfato*, por el *gusto* y por el *tacto*, siempre que la acción de los objetos remueve estos órganos.

Pero esta primera manera de sentir debe considerarse bajo dos puntos de vista. Las cinco subdivisiones que acabamos de apuntar, tienen cada una un carácter que les pertenece individualmente, y todas tienen de comun; que al mismo tiempo que anuncian al alma su presencia, le dan también á conocer su existencia.

Bajo el primer punto de vista parece que no tienen entre sí ninguna

relacion. Ninguna analogía efectivamente podrá conducirnos jamás de un sonido á un color. Asi las han designado con cinco nombres particulares, á saber: *sonido, sabor, olor, color, tacto.*

Mas como por otra parte, estas cinco especies de modificaciones son todas^s sentidas por el alma, y esta cuando las experimenta, no puede ella misma dejar de sentirse, si tomamos estas modificaciones por lo que asi tienen de comun, como v. g. afectar el alma, y darle el sentimiento de su propia existencia, entonces, nos bastará un solo nombre; y á fin de expresar que en todas las modificaciones que nos vienen por los cinco sentidos diferentes, y en cada una de sus modificaciones, el alma reconoce siempre una misma cosa, *el sí mismo* y el YO, diremos que tiene *conciencia* de ella misma. Por medio de la conciencia sabe ó siente el alma que existe y de qué manera. *Mens est sui conscia*, como dice el latin con mas oportunidad que

Errata

el francés y el castellano.

Este sentimiento del YO se encuentra necesariamente en todas las afecciones del alma, en todas sus maneras de sentir, y no hubieramos nosotros hecho aqui la observacion expresa de que es inseparable la primera de estas maneras de sentir, si los filósofos no hubiesen dado á entender que lo olvidaban demasiadas veces.

Las cinco especies de modificaciones, ó de sentimientos de que acabamos de hablar, no pudiendo verificarse sino á consecuencia de alguna impresion hecha sobre los *sentidos*, las llamaremos *sentimientos-sensaciones*, ó con mas brevedad, *sensaciones* (*).

(*) *La significacion de esta voz se extiende hasta las afecciones que provienen de los movimientos obrados en las partes internas del cuerpo sin la intervencion de los objetos externos, como son el hambre, la sed, &c. (N. del Autor.)*

Asi es que todo sentimiento del alma producido por la accion de los objetos externos sobre alguna de las partes de nuestro cuerpo será una sensacion, que es el primero de los modos de sentir que notamos; y de éste veremos nacer las primeras ideas.

El alma no puede sentir y permanecer ociosa; porque el sentimiento, por la manera agradable ó dolorosa con que la afecta, provoca necesariamente su accion. No puede recibir indiferente modificaciones que son para ella un bien ó un mal. Está interesada en estudiarlas para conocerlas, para sustraerse de las unas, para entregarse á las otras; y para decirlo todavia con mas energia: la actividad del alma penetra en la pasibilidad del alma, para llevar el movimiento al seno del reposo, el órden al seno de la confusion, luz al seno de las tinieblas.

Pero la actividad concentrándose desde luego toda entera en la atencion, no puede suceder que deje de concen-

trar al mismo tiempo la sensibilidad. Entonces de en medio de las sensaciones cuyo conjunto desordenado presentaba la imagen del CAOS, se eleva una sensación única que domina todas las demás. El alma la echa de ver: la estudia, aprende á conocerla, y á reconocerla. Ya no es una simple sensación que la afecta; es una idea que la ilumina. Un nuevo acto de atención va á producir otra segunda idea; un tercer acto dará origen á otra todavía, y la inteligencia, ó mas bien esa posición de la inteligencia que está asida á las sensaciones, irá siempre en aumento, mientras no se agoten las fuentes de las sensaciones, en tanto que no se aniquilen las fuerzas del espíritu.

Añadamos algunos desarrollos, y digamos de qué modo ejerce el alma al principio su actividad.

La atención, para producir todos sus efectos, necesita hoy de un profundo recogimiento; del silencio de los sentidos,

y muchas veces hasta de la ausencia de los objetos de que se está ocupando.

Pero, en los principios de la vida en donde no existe recuerdo alguno, no puede obrar la atencion mas que sobre sensaciones actuales, y por la direccion de los órganos, sobre los objetos á los cuales las debemos.

Entre los objetos de que recibe el niño sensaciones, en los colores que vé, hay algunos que llaman en cierto modo las miradas, que las atraen. Hay tambien otros hácia los cuales se han dirigido sus ojos fortuitamente. El niño conoce que mira antes de haber tenido la intencion de mirar. No tardará en sentir que puede mirar voluntariamente; sentirá tambien la diferencia entre la mirada y la simple vista; porque el niño que quiere ver á su madre, no la vé si está ausente: no la vé en las tinieblas; en lugar que cuando está delante de sus ojos, la mira, si quiere mirarla. El niño dispone de si mismo para mi-

rar; aunque no dispone del objeto para ver. Sin duda no hará explícitamente entre el *mirar* y el *ver* las distinciones que han escapado á tantos filósofos; pero es imposible que no sienta confusamente que ~~no~~ tiene mas que la simple capacidad de ver, y que tiene el poder de mirar, supuesto que la experiencia no cesa de decírselo.

Desde que el niño se siente con semejante poder, dá ó puede dar su atencion á todos los objetos que están á su alcance. Dá su atencion por los ojos; y los colores se separan, no solo de las sensaciones que le vienen por los sentidos, sino tambien se separan entre sí. Fija su atencion por el oido; y aprende á distinguir un ruido de otro, á deslindar muchos sonidos, en un sonido que desde luego parecía único. Presta su atencion por el tacto; y adquiere ideas de las formas, de las figuras, de los bruñidos, de lo escabroso, de lo frio, de lo caliente &c.

Asi es como, despues de haber aplicado primero los órganos sin él saberlo, y sin dirigirlos él mismo, los dirige despues, y los aplica voluntariamente sobre todas las cualidades de los cuerpos. Asi es como consigue experimentar sensaciones distintas, y adquiere *ideas sensibles*.

Estas tienen su origen en el sentimiento-sensacion, y su causa en la atencion que se ejerce por el medio de los órganos. (vide nota y.)

2.º Pero las ideas sensibles no son nuestras únicas ideas. La sensacion no es la única fuente de donde deriva la inteligencia.

En virtud de la única manera de sentir producida por la accion de los objetos externos, ¿pudiéramos conocer otra cosa mas que estos objetos y sus diversas cualidades? ¿De donde nos vendrá la idea de las facultades del alma? ¿De donde las ideas de la semejanza, de la analogia, de causa y defecto? ¿pudiéramos tener ideas del

bien y del mal moral?

Supuesto que las sensaciones son insuficientes para dar razón de la inteligencia tal como la poseemos, preciso es que nuestra alma sea susceptible de alguna manera de sentir diferente de aquella que le viene de la sola impresión de los objetos externos; de otras maneras de sentir, que no sean aquellas de donde nacen las ideas sensibles: menester será que experimentemos otros sentimientos que no sean sentimientos-sensaciones.

Y ante todas cosas, no pudiendo el alma pasar de las puras sensaciones á las ideas sensibles, sino en cuanto obra sobre las sensaciones, debe necesariamente tener el sentimiento de su acción; porque el alma no puede obrar y dejar de sentir que obra; pero, esta nueva manera de sentir al parecer nada tiene de comun con las sensaciones. ¿Quien pudiera confundir lo que el alma experimenta por el ejercicio de sus

facultades, con lo que experimenta por la impresion de los objetos sobre los órganos del cuerpo? ¿y el placer del pensamiento con el que proporciona la satisfaccion de una necesidad fisica? ¿el enagenamiento de Arquímedes, resolviendo un problema, con el grosero deleite de Apicio devorando una cabeza de javalí?

El sentimiento que experimenta el alma por la accion de sus facultades, no es siempre el mismo. Sufre todas las vicisitudes de ellas; fuerte y vivo en los momentos de su exaltacion; lánguido y debil cuando quedan en reposo, ó en una calma próxima al reposo; porque es de presumir que nunca hay cesacion absoluta de accion en nuestra alma: ella vela, obra hasta en el sueño del cuerpo; obra cuando desea; ¿y la vida no es tambien un deseo continuo?

Nunca estamos, pues, privados del sentimiento de la accion de las facultades del alma; ó al menos debe suce-

der muy raras veces que el sentimiento nos abandone y que se extinga del todo.

Pero no basta tener el sentimiento de las facultades para conocerlas, distinguirlas unas de otras, y tener *idea* de ellas.

Como el sentimiento, producido por la accion de los objetos externos, no hubiera podido mudarse en idea sensible, si el alma le hubiera experimentado de un modo absolutamente pasivo, y si su actividad no se hubiese puesto prontamente en ejercicio; de la misma manera el sentimiento, que nace de la accion de las facultades, nunca podrá ser la idea de estas facultades, si no se dirige la actividad del alma sobre este sentimiento para observarle y estudiarle; si el alma, despues de haberse dejado arrastrar al exterior por el atractivo de las causas de sus sensaciones, no entra en si misma para darse cuenta de lo que experimenta, de lo que está hacien-

do, de todas las maneras que la afectan, y la hacen obrar.

No nos hallamos en posicion tan favorable para adquirir ideas de las facultades del alma, como para adquirir ideas sensibles. Por una parte, la atencion, ayudada por los órganos, obra sin esfuerzo; por otra, preciso es hacernos violencia, luchar contra una propension que nos arrastra hácia los objetos externos; y, sin auxilio alguno, por disposicion solo de la voluntad, aplicar la atencion al sentimiento de la atencion, y el alma al alma.

Asi es que todos los hombres tienen las mismas ideas sensibles. Para todos está el cielo sembrado de estrellas, la tierra cubierta de árboles, de animales, y de una multitud innumerable de objetos; al par que solo un cortísimo número de filósofos han procurado conocer su espíritu, formarse ideas de las facultades, y darse razon de sus operaciones; ¡y cuanto nos dejan todavia que

desear todas sus investigaciones!

Las ideas de las facultades del alma tienen su origen en el sentimiento de la accion de estas facultades, y su causa en la atencion que se ejerce independientemente de los órganos.

3.º Si las ideas sensibles que adquirimos sucesivamente, y una á una por la direcion sucesiva de nuestros órganos sobre las diferentes cualidades de los cuerpos, desapareciesen en el instante mismo que cesa esta direccion, ó que cambia; si, igualmente, las ideas que nos formamos de las facultades del alma se aniquilasen en el momento de nacer, es evidente que nunca tendríamos á la vez muchas ideas; que siempre y necesariamente estaríamos reducidos á una idea única; que nos veríamos imposibilitados de conocer el objeto menos compuesto que pudiera darse.

No suceden así las cosas en nuestro espíritu. Lo que ha adquirido una vez, no lo pierde tan pronto: sus riquezas

no se disipan á medida que se van formando; y su fruicion, lejos de gastarlas, las hace mas propias para nuevos goces.

Es verdad que la mayor parte de las ideas no parecen haber nacido mas que para morir. La mirada suele á veces ser tan superficial, que apenas ha desflorado los objetos. Frecuentemente la atencion se desliza con tanta rapidez por los sentimientos, que pudiera decirse que no ha reparado en ellos.

Tan débiles impresiones ningun rastro pueden dejar en pos de sí. Pero si el órgano queda largo tiempo fijo en un solo punto; si la atencion, por la vivacidad misma de la impresion, ó por mandato de la voluntad, se pára en un solo sentimiento, entonces, lo que háyamos experimentado, no se desvanecerá tan pronto. La experiencia nos enseña que deja entonces duraderas huellas. Las ideas que proporciona una atencion ligera y distraida, son como las imágenes que re-

flejan los espejos, desaparecen con el objeto; aquellas que, por el contrario, nos dá una fuerte, vigorosa y larga atencion, son como los caracteres que se graban en el marmol, que resisten al tiempo.

Supuesto que estamos dotados de memoria, no podemos estar limitados á la idea que la atencion hace salir del sentimiento actual. Tenemos á la vez no solo la idea nueva que nos viene, sino tambien un número de ideas proporcionado á la capacidad de la memoria.

Este número parece desde luego indefinido, cuando nos ocupamos de un objeto vasto que se nos ha hecho familiar; pero, si queremos no hacer cuenta sino de las ideas que hemos percibido distintamente, veremos este número muy limitado. Por lo demás, cada uno puede consultar su experiencia; que no pretendo determinar una cantidad que varía segun la diferencia de los entendimientos. Lo incontestable es, que

no hay hombre que deje de abarcar simultáneamente muchas ideas mas ó menos distintas, mas ó menos confusas.

Pero, cuando tenemos varias ideas á la vez, se verifica en nosotros una manera de sentir particular. Sentimos entre estas ideas, semejanzas, diferencias y relaciones. Llamaremos á esta manera de sentir que es común á todos, *sentimiento de relacion*, ó *sentimiento-re-lacion*.

Por lo que se vé que estos *sentimientos-relaciones* resultantes de la aproximacion de las ideas, deben ser infinitamente mas numerosos que los *sentimientos-sensaciones*, ó que los sentimientos que nacen de la accion de las facultades. Basta solo tener el mas ligero conocimiento de la teoría de las combinaciones para convencerse de esto.

Reinará, pues, una extremada confusion entre esta multitud de relaciones cuyo sentimiento tenemos, si el alma, para desentrañarlas, no procede con-

corta diferencia del mismo modo que ha procedido para desenvolver lo que primeramente habia sentido, esto es, si no aplica su actividad al tercer modo de sentir, así como la aplicó á la primera y segunda: pero, en lugar que para transformar en ideas los sentimientos-sensaciones, y los que provienen de la acción de sus facultades, solo ha necesitado la simple atención, tendrá además necesidad de una atención doble, ó de la comparación, para cambiar los sentimientos de relación en ideas de relación.

Estas tienen su origen en los sentimientos de relación; y su causa en la atención y comparación.

4.º Hay una cuarta manera de sentir, que parece diferenciarse de las tres que acabamos de indicar, aun mucho mas de lo que ellas se diferencian entre sí.

Un hombre de honor, (entiéndase que hablo en el sentido de la opinión ó de las preocupaciones de nuestra Europa), siente que le han dado un golpe. Hasta aquí, no ha recibido sino una sensación, y la idea sensible que resulta de ella: pero, cuando

echa de ver que han tenido intencion de insultarle dándole aquel golpe, ¡qué mudanza tan repentina! siente hervir su sangre en las venas: ya no tiene la vida precio alguno para él; preciso es sacrificarla para vengarse del mas ignominioso de todos los ultrages.

Cuando percibimos ó solamente cuando sospechamos una intencion en el agente exterior, inmediatamente, al sentimiento-sensacion que aquel produce en nosotros, se junta un nuevo sentimiento, que parece no tener nada de comun con el sentimiento-sensacion. Asi es, que toma otro nombre distinto, y se le llama *sentimiento moral*: y le llamamos así, porque se verifica en nosotros este sentimiento por un agente *moral*, esto es, por un sér que obra en nosotros ó en nuestros semejantes, que nos hace bien ó nos hace mal, ó á nuestros semejantes con intencion y con una voluntad libre. Tendremos en efecto fundamento para decir que hay *moralidad* en una accion, cuando ha sido hecha con una voluntad libre. Pues, donde hay *libertad*, hay *imputabilidad*, hay *mérito* ó *desmérito*: hay, pues, *moralidad*.

Desde este momento, nacen en el fondo del corazon del hombre, los sentimientos de *lo justo*, de *lo injusto* y de *lo honesto*, los sentimientos de *generosidad*, de *delicadeza*, &c.

Para los hombres que viven en sociedad y están continuamente obrando los unos en los otros, hay pocas circunstancias en la vida en las que no experimenten algun sentimiento *moral*: no es siempre fácil desentrañar estos sentimientos, y formarse ideas de ellos. Si alguna que otra vez basta un solo acto de atencion, las mas veces se necesitan comparaciones, racionios, y racionios multiplicados, muy extensos, aunque muy rápidos. En general se necesitan largas observaciones, una grande experiencia, y una considerable sutileza de espiritu para conocer el corazon humano. Para sondear sus dobleces y penetrar su profundidad, apenas bastaría el genio de un La Bruyère ó de un Molière.

Las ideas morales tienen su origen en el sentimiento-moral, y su causa en la misma accion de todas las facultades del ententimiento.

El alma, tiene pues, cuatro maneras de sentir: ha recibido de la naturaleza cuatro especies de sentimientos diferentes, á saber: *sentimiento-sensacion, sentimiento de la accion de sus facultades, sentimiento-relacion, y sentimiento moral*; de los cuales su actividad hace salir cuatro especies de ideas, que son: *ideas sensibles, ideas de sus facultades, ideas de relacion, é ideas morales.*

Todas estas facultades son intelectuales; quiero decir, que concurren todas á formar nuestra inteligencia. Con todo, parece que los filósofos han reservado mas particularmente el nombre de *ideas intelectuales* para las ideas de las facultades del alma, para las ideas de relacion.

Nada nos impide adoptar este modo de decir; y por lo tanto diremos

para ser mas precisos, ó mas bien ser mas concisos, que todas nuestras ideas, consideradas bajo el punto de vista de su formacion, son, *ó sensibles, ó intelectuales ó morales.*

Para concluir, reunamos las verdades que emanan de las observaciones mas sencillas, y que la filosofia se asombra tal vez al oirlas hoy por la vez primera.

Las *ideas sensibles* tienen su origen en el *sentimiento-sensacion*, y su *causa*, en la atencion.

Las *ideas de las facultades del alma* le tienen en el sentimiento de la accion de estas facultades, y su *causa*, tambien en la atencion.

Las *ideas de relacion* le tienen en el sentimiento de relacion, y su *causa* en la atencion y en la comparacion.

Las *ideas morales* le tienen en el sentimiento-moral, y su *causa*, ó en la atencion, ó en la comparacion, ó el racionio, ó en la accion reunida de estas facultades.

Luego, preciso será venir á esta conclusion: que *existen cuatro principios*

y tres causas de nuestras ideas: que todas las ideas tienen su origen en el sentimiento, y su causa en la acción de las facultades del entendimiento.

§. III.

Sabemos en qué consiste la naturaleza de las ideas. Sabemos en donde están asidas, y como podemos desprenderlas. Las encontramos fácilmente siempre que queremos ocuparnos de ellas, si las disponemos y colocamos en orden.

Mas, para ordenar ideas, necesitamos tenerlas: y se tienen en cuanto se han adquirido. Se trata, pues, de formar nuestras ideas, y de realizar la inteligencia.

Vacia y desierta hasta aquí, apenas existe: ni aparecerá hasta que la háyamos poblado de ideas, de imágenes y recuerdos, hasta que la háyamos enriquecido y como llenado con los tesoros del conocimiento y de la verdad. Las fuentes y las causas de la inteligencia nos aseguran que ella es *posible*. Los productos de estas fuentes, los

efectos de *tas* causas le dan la *existencia*. Ella hará la gloria del que la cultive, si desde muy temprano, le ha confiado las semillas de lo *bello* y de lo *bueno*; pero cubrirá de oprobio al que la descuide ó la deprave.

La filosofía ha sido colocada delante del espíritu humano para defenderle contra la *mentira* y las preocupaciones, para no dar acceso mas que á las ideas verdaderas, y á las nociones de la experiencia. ¿Há sido sin embargo siempre fiel á sus deberes? ¿nunca ha sido cómplice del error?.... No confundamos la filosofía con los filósofos: mas bien digamos, el metodo que nos parece deberian seguir los que quieran, hacer, rehacer, ó comprobar las ideas. Por mi parte me limitaré á un corto número de estas ideas, y á las mas compendiosas indicaciones.

Los cuerpos: el alma: Dios. ¿De qué modo podrá el alma formarse una idea de los cuerpos? ¿Como podrá cono-

cerse á sí misma? ¿y como podrá elevarse hasta el ser infinito?

Supuesto que está demostrado que todas las ideas tienen su origen en alguna de nuestras maneras de sentir, y su causa en la reunion de alguna facultad del entendimiento, ya sabemos donde se encuentra la respuesta de estas preguntas.

Pero antes todas cosas; de las sensaciones nacen las ideas sensibles; ideas que nos manifiestan los *cuerpos*, descubriéndonos sus cualidades. No ignoro que aquí hay dificultades reales á las que se han dado soluciones mas ingeniosas que completamente satisfactorias. Muy luego diré como deberiamos conducirnos para obiar estas dificultades; mas por el momento quiero hacer una observacion que pudiera escapársenos.

Porque la idea de los cuerpos nos viene de las sensaciones, han creido que las sensaciones bastaban para darnos á conocer la idea del espectáculo del Uni-

verso: y este es algo mas que el conjunto ó la suma de todos los cuerpos. Hay en él un concierto de elementos, una admirable consonancia de fines y de medios, un inmenso sistema de proporciones y de relaciones de toda especie.

Limitados á *las sensaciones solamente* y privados del *sentimiento de relacion*, estaríamos en una completa ignorancia invencible de las maravillas de la naturaleza. No conoceríamos la armonía que se descubre en la organizacion del mas pequeño insecto ni la que resplandece en las esferas celestes.

El conocimiento del mundo fisico descansa, pues, sobre dos bases, las *sensaciones* y los *sentimientos de relacion*: tambien exige el empleo de dos facultades del entendimiento, que son: la *atencion* y la *comparacion*. Sin estos dos puntos de apoyo, y sin estas dos palancas, el alma no podría elevarse ni á las ideas de relacion, ni á las ideas sensibles: no conocería el orden que rei-

na entre los objetos externos, ni objeto alguno externo: existiría solitaria, aislada en medio de los mundos que llenan los espacios.

Si, para conocer los cuerpos se necesita *sentir*, ¿conoceremos al *alma* sino recurrimos al *sentimiento*? ¡Pero como! ¿pues qué acaso ignoramos lo que es el alma? ¿no estamos hablando de ella? ¿pues qué, habríamos pronunciado tantas veces este nombre sin aligarle idea alguna?

No creo que lo pensais: ni pudierais siquiera imaginarlo. Las palabras de que nos hemos servido para designar los diversos empleos de la actividad, y los distintos modos de la sensibilidad no estan vacías de sentido. Ni hemos imaginado que eramos *sensibles* y *activos*; ni soñado las *facultades del alma*, ni sus *diferentes modos de sentir*. Son cosas muy reales; y como nos son conocidas, el alma misma no nos es del todo desconocida.

Verdad es que el alma es una sus-

tancia incorpórea, imaterial, inextensa, simple y espiritual; pero el conocimiento de la *espiritualidad* del alma es una consecuencia del de su actividad y sensibilidad.

Una sustancia no puede *comparar* como no tenga dos sentimientos distintos, ó dos ideas á la vez, Si la sustancia es extensa y está compuesta de partes, aunque no fueran mas que dos, ¿adonde colocaríamos las dos ideas? (z) ¿estarán las dos en cada parte, ó una en una parte, y la otra en otra? Escojamos: no hay medio. Si las dos ideas están separadas, la comparacion es imposible: si están reunidas en cada parte, hay dos comparaciones á la vez y por consiguiente hay dos sustancias que comparan, dos almas, dos YO, mil, si se supone al alma compuesta de mil partes.

Nadie puede resistirse á la fuerza de esta prueba: no se podrá negar la simplicidad y la espiritualidad del

alma sino negando que tenemos la facultad de comparar, ó admitiendo en cada uno de nosotros la pluralidad del YO, la pluralidad de *personas*.

Se necesita, pues, para formarse una idea del alma, del *alma espiritual*, buscar el origen de esta idea en el sentimiento de la accion de las facultades, y la *causa* en el raciocinio.

Nosotros *sentimos* la accion del principio pensador: luego *probamos* su simplicidad, su espiritualidad.

Tal vez nos será igualmente fácil indicar el modo con el cual nos remontamos á la idea de DIOS; pero no olvidemos que no se trata en estas indicaciones, ni de la existencia de Dios, ni de la del alma, ni de la del cuerpo: y si, en lo poco que acabamos de decir sobre el alma, se hallase alguna prueba de su existencia, como en lo poco que vamos á decir de Dios, una prueba de la existencia de Dios, deberiamos sin duda felicitarnos por ello; mas estas

pruebas destinadas á ponernos en posesion de las mas importantes de todas las verdades, y que, para ser tratadas con la dignidad que se merecen, necesitan el genio abundante y sublime de los Pascales y de los Bossuet, no son en este lugar mas que una cosa accesoría. Se trata en este momento de la formacion de las ideas, no de su formacion completa, sino de los elementos que se necesitan para obtener ideas seguras, inalterables é inmutables. La *idea* de Dios estará al abrigo de todos los ataques, si se apoya en el *sentimiento*.

Pero en él justamente se halla su apoyo. ¿Quién pudiera negarlo ni aun ponerlo en duda?

Del *sentimiento* de su debilidad y de su dependencia, el hombre por un razonamiento natural ¿no se elevará á la *idea* de la soberana independencia, y del poder soberano?

Del *sentimiento* que le producen la re-

gularidad de las leyes de la naturaleza, y la marcha calculada de los astros, ¿no pasará á la idea de un ORDENADOR supremo?

Y ¿Del *sentimiento* de lo que hace él mismo cuando dispone sus acciones para conducir las á un fin, no subirá á la *idea de una inteligencia infinita*?

Estas tres ideas no son mas que una sola. Mas, como esta única idea es la parte de tres diversos sentimientos, al considerarla bajo tres puntos de vista, hemos podido hacer de ella el medio de tres argumentos sobre la existencia de Dios, distintos y separados.

El primero está tomado en la constitucion misma de *nuestra naturaleza*: el segundo sale del *espectáculo del universo*; y el tercero es el *argumento de las causas finales*.

Todavía hemos de llegar á la *idea de DIOS*, asegurándonos de su existencia, por el *sentimiento* de lo justo y de

lo injusto, por la *consciencia* del bien y del mal *moral*, que nos revela á un supremo juez.

Asi, la *sensibilidad* humana toda entera tiende hácia la *Divinidad*.

Ayudada por las facultades del entendimiento y convertida en *inteligencia*, se va acercando á la *Divinidad*, la vé, y casi la toca.

Concluyamos con una reflexion que dará á conocer cuantos medios hémos recibido para ser dichosos.

Placeres de los sentidos, placeres del espíritu y placeres del corazon: tales son, si supieramos hacer uso de ellos, los bienes que ha derramado la naturaleza con profusion en el camino de la vida.

Guardémosnos, empero, de poner en balanza los que vienen del cuerpo con los que nacen en el fondo del alma.

Rápidos y fugaces, no dejan trás sí los placeres de los sentidos otra cosa que el vacío; y con la edad todos los hombres llegan al fin á disgustarse de ellos.

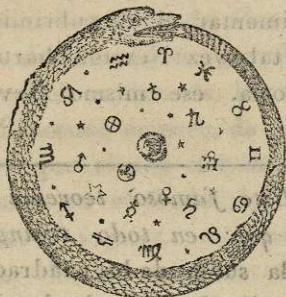
Los placeres del espíritu tienen un atractivo siempre nuevo: siempre el alma es joven para disfrutarlos: y el tiempo lejos de debilitarlos, les dá cada dia mas vivacidad. Pitágoras ofrece á los dióses una hecatombe para darles gracias por un *teorema* (1) que lleva su nombre. Keplero no hubiera dado sus *leyes* en cambio de una corona de los mas poderosos monarcas del mundo. ¿Podrán darse goces superiores á estos?

Si, señores, los hay seguramente mayores. Cualesquiera que sean los enagenamientos de inefable placer que haga experimentar el descubrimiento de la verdad, tal vez Newton harto de años y de gloria, ese mismo Newton que

(1) *Este famoso teorema de Pitágoras es que: en todo triángulo rectángulo, la suma de los cuadrados de los catetos es igual al cuadrado de la hipotenusa.*
 (N. del T.)

habia descompuesto la luz y descubier-
to la ley de la gravedad, se haya di-
cho á sí mismo, al echar una mirada
hácia atrás, ¡*vanitas!* mientras que el
recuerdo de una accion virtuosa basta
para embellecer los postrimeros dias de
una extremada vejez, y nos acompaña-
rá hasta el sepulcro.

¡Cuanto se engañan aquellos que co-
locan la suprema felicidad en las sen-
saciones! pueden si, conocer el placer,
pero nunca tendrán idea de la feli-
cidad.



Notas.

NOTAS.

(Nota a. página 4.) Supuesto que se ha llegado á conocer y demostrar por otra parte que el alma no obra sobre los sentidos, y que estos no pueden obrar en el alma sino por medio del cerebro, me parece que no habrá dificultad alguna en que usemos indistintamente, (y así lo haré en todas estas notas,) de las dos voces *alma* y *cerebro*, tomándolas una por otra, como si el mismo cerebro estubiese dotado de los mismos atributos y facultades que solo posee el alma, ó como si el alma y el cerebro formasen una substancia única.

(Nota b. pág. 6.) Aquí extracto lo que sigue de una obra impresa en Bruselas el año de 1789. «Un gran principio que parece haber enteramente olvidado *Helvecio* es, que *sentir* y *obrar* son dos cosas muy diferentes. Todo en el hombre se reduce á sentir y obrar, pero no á sentir tan solo como parecer darlo á entender. Nuestros juicios, esto es, los resultados de nuestra facultad de juzgar, son sensaciones si se quiere, pero *juzgar*, *deliberar*, *imaginar* no son *sensaciones*: no son sino *actos*, *operaciones*, es decir, movimientos del cerebro. Estas operaciones del espíritu, ó lo que es lo mismo, estos movimientos de nuestros órganos, que producen en nosotros la percepción, y por cuyo medio combinamos entre sí las ideas que tenemos en la memoria, son con respecto á noso-

»tros unas veces *activos* y otras *pasivos*. Son ac-
 »tivos cuando los *dirijimos*; *pasivos*, cuando son una
 »consecuencia del impulso que han recibido nuestros
 »órganos de los objetos externos. Nuestros órganos pue-
 »tos ya en movimiento, su ejercicio continúa: suce-
 »den combinaciones en que no tiene parte nuestra vo-
 »luntad: entonces nuestros juicios y aun nuestra mis-
 »ma voluntad no son mas que *actos pasivos*. Cuando
 »*dirijimos* el movimiento de nuestros órganos, se ne-
 »cesita una atencion que no es necesaria cuando la
 »máquina marcha por sí sola. Esta tension que se
 »llama *atencion* es un trabajo desagradable. Pero cuan-
 »to mas hemos repetido ciertas operaciones, tanto mas
 »se vuelven *maquinales*: así es, que cuando hemos con-
 »traído la costumbre de ciertos movimientos, basta dar
 »el primer impulso á la máquina paraque haga lo
 »demás sin nosotros. Entonces ya no son desagra-
 »dables estos movimientos: son goces que satisfacen
 »nuestra curiosidad tanto cuanto la atencion desagra-
 »da á nuestra pereza.

» Cuando digo *actos pasivos* y *activos*, parece
 »que me sirvo de terminos contradictorios: pero la
 »contradiccion desaparece cuando reflexionamos que to-
 »do en la naturaleza es activo á ciertas luces, y pa-
 »sivo á otras; y que así necesariamente ha de suceder.
 » Para convencernos de esto basta remontarnos á las
 »primeras observaciones que han podido dar al hombre
 »las ideas de *accion*, de *pasion* y de *poder*. Cuan-
 »do un sér ó se muda por sí mismo, ó produce
 »mudanza en otro, se dice que obra: porque esta
 »especie de *accion*, que no nace mas que del im-
 »pulso inmediato de otro objeto, la confundimos co-

munmente con la *pasion*. *Padecer* quiere decir recibir mudanza, ser mudado por un objeto externo.

Esta propiedad que se nota en los seres, de poder mudarse por su propia enerjia, ó producir mudanza en los demás, se llama *potencia* ó *fuerza activa* — Entre los seres materiales no hay uno siquiera que deje por un momento de recibir cambios por la impresion natural que hacen en él los objetos que le rodean: ni hay tampoco ninguno que esté un instante sin obrar por su propia enerjia, aun cuando no sea mas que por su gravitacion en la superficie en que está estribando. Luego nada existe en la naturaleza que no sea *activo* bajo ciertas consideraciones, y *pasivo* bajo otras.

Sin embargo, se concede la potencia activa á aquellos seres materiales que solo producen mudanzas que estan al alcance de los sentidos: tales son por ejemplo, los vegetales, el fuego que derrite la cera y los metales, el iman que atrae el acero &c; y como se conoce muy bien que estos cuerpos no pueden tener en sí mismos la razon suficiente de su accion, no se les llama activos, sino comparativamente con los demás seres materiales que parece no obran nunca mas que cuando son impedidos inmediatamente á la accion por un objeto externo.

Los únicos seres que se cree esten dotados de la potencia activa, son los que se determinan á la accion; estos son el hombre y los demás animales.

Olvidando del todo un principio que por otra parte está tan fuera de duda, cual es el que

» todo ente finito ha de tener necesariamente la razón suficiente de sus modificaciones como también de su existencia fuera del mismo; donde quiera que han conocido voluntad, han creído ver una potencia activa. El hombre es libre, y es ciertamente el mas activo de los entes organizados que se conocen; pero ni aun es activo él mismo sino comparativamente con los entes, que son menos activos que él: no hay verdaderamente mas que un ente activo, que es la *causa-primaria*.

(c. pág. 7.) ¿No sería mas sencillo considerar el alma ó cerebro como una sustancia resultante de la union íntima del espíritu y de la materia? Verdaderamente que no se concibe esta union: ¿pero acaso se concibe mejor la accion é influencia reciprocas de las dos sustancias, la una puramente material, y la otra púramente espiritual ó inmaterial? Parece por otra parte que el alma (y esta es la opinion del Autor) ó su parte espiritual no puede sentir, de aquí infiero yo que tampoco puede pensar sino estando unida al cuerpo; porque segun mi opinion, pensar no es otra cosa que poner en juego la sensibilidad para producir ideas.

(d. pág. 9.) Las voces *accion* y *movimiento* son tomadas una y otra de la materia, y pueden igualmente aplicarse al alma por comparacion. Supongamos por un momento que el alma sea una sustancia material, dotada de dos propiedades, la una activa y la otra pasiva, la primera designada con el nombre de *actividad*, será la facultad de obrar ó de moverse por sí misma, la otra, á la que daré el nombre de *movilidad*, será la propiedad de

moverse por la influencia de una causa externa. Pero la accion del alma que resulta de su actividad, es la voluntad; y el movimiento que resulta de su movilidad es el *sentimiento*. Aquí uso de la última expresion en un sentido mucho mas lato que el que se le dá ordinariamente, como se verá despues.

(e. pág. 7.) Se pudiera tal vez sostener la opinion que sino es á consecuencia de una accion del cerebro ó de cualquiera otro órgano ya interno, ya externo, jamas hay en el alma accion ni reaccion ya en el cerebro, ya en los sentidos, y en los órganos del movimiento y de la voz: así que la accion del alma solo es un movimiento comunicado, y cuando la accion ó el movimiento se dirige desde el alma á los órganos, este movimiento viene de mas lejos. De lo que resultaria que la *actividad* no sería mas que la *movilidad*, la misma sensibilidad.

Lejos de adoptar con confianza esta manera de ver, quiero establecer por el contrario una opinion diametralmente opuesta, á saber: que el alma no puede sentir sin o en cuanto obra, y que la accion ó la voluntad precede á todo sentimiento y á toda idea.

Ignoramos absolutamente de qué especie sea la modificacion que la actividad del alma pueda hacer sufrir á los órganos sensorios y á los nervios para que sean propios para recibir y transmitir hasta el cerebro las impresiones de los objetos externos. Pero me parece indudable que esta actividad se halla continuamente en accion mientras estamos despiertos; sin esto entiendo que nuestros sentidos quedarían como paralizados; no pudiéramos oír, ni ver

nada, ni aun confusamente.

Cuando deseamos ver un objeto, dirigimos nuestros ojos hácia él; le consideramos, le miramos *atentamente*; y la actividad del alma se dirige sino exclusivamente al menos con mas especialidad sobre el sentido de la vista que sobre los demás sentidos, que por esto se hacen menos capaces de *sentir* (de cuya voz me sirvo por extension.) Pero en las circunstancias ordinarias, y aun cuando dirigimos hácia otra parte nuestra atencion, dirigiendo los ojos alternativamente sobre todos los objetos que se nos presentan delante, y sin mirar á ninguno con atencion, no dejamos por eso de mirarlos á todos aun cuando no sea mas que debilmente, ya sucesiva ó ya simultáneamente; y el alma en esta circunstancia está todavia prestando á la vista una porcion de su actividad, á menos que, (y esto en rigor nunca sucede) no se concentre en otro punto, dirigiéndose hácia él toda entera. Entonces es muy verosimil que no veamos, aun cuando tengamos los ojos abiertos, y que las impresiones que estos reciban, queden sin efecto alguno, sin llegar hasta el cérebro.

Si se quiere una imagen sensible de esta accion recíproca del alma y de los órganos sensorios, no hay mas que figurarse una cuerda de vihuela atada por el extremo á un punto fijo, y supongamos que teniéndola tirante con una mano, se le haga vibrar con la otra por medio de un arco de violin. Al instante la mano experimentará una sensacion tanto mas fuerte, siendo la friccion del arco la misma, quanto mas tirante se tenga la cuer-

da, esto es, la mano *obrará* mas fuertemente sobre sí misma. Pero que cese la mano de obrar no tirando de la cuerda; ya no producirá entonces el arco ninguna vibracion, ni por consiguiente sensacion. Luego la sensacion está subordinada á la accion.

Por lo demás las dos opiniones de que acabo de hablar, aunque parezcan contradictorias, tal vez no son irreconciliables, pues lo que he dicho de los sentidos, estoy inclinado á creer que no podrá aplicarse con igual oportunidad á todos los órganos internos; no es evidente que estos, por su movimiento y accion, no produzcan sentimientos en el alma, sino porque ella obra en ellos.

Para dar mejor á conocer la diferencia que hay entre la *actividad* y la *movilidad* del alma, observemos al terminar esta nota, que un sentimiento vivo, una idea nueva é inesperada, casi siempre son seguidos de algun movimiento del cuerpo, y que por lo general las almas *moviles*, aquellas, cuyas ideas se forman y reproducen con mucha facilidad, están colocadas por lo regular en cuerpos muy activos. Mientras que por el contrario el reposo del cuerpo casi siempre acompaña á la actividad del alma. Cuanto mas sea la profundidad y obscuridad que un asunto existe y concentre la atencion, tanto mas inmovil está el cuerpo.

(f. pág. 9.) Esto es incontestable. El sentimiento es un *efecto*: y como tal ha de tener una *causa*; pero no puede tener *origen*. Buscan los filósofos la causa del calórico, pero ninguno de ellos se ocupa en buscar su origen, pues esto sería cor-

rer en pos de una quimera. En esto no difiere el sentimiento de otro efecto cualquiera. Lo mismo sucede con la sensacion que no es sino el mismo sentimiento considerado bajo cierto punto de vista.

(g. Pág. 10.) Hay motivo para creer que el autor usa indiferentemente, como tambien lo hace en otro lugar, de las voces *sentimiento* y *sensibilidad*: queriendo decir que esta no se deriva de ninguna otra propiedad conocida. En su opinion:

1.º El alma es una sustancia puramente espiritual.

2.º Quien siente es el alma, y solo el alma. La sensibilidad pues deriva de la misma naturaleza del alma, y supuesto que no conocemos esta naturaleza, se funda cuando pretende que mas allá del sentimiento ó por mejor decir, de la sensibilidad, no hay nada para nosotros. Hé considerado al alma como una sustancia mixta, que resulta de la union íntima del espíritu y de la materia organizada; y en esta suposicion, pudiera sostenerse que la sensibilidad es una propiedad que el alma tiene de la materia y que deriva de su misma organizacion. Por lo que segun la manera de considerar las cosas, se puede decir que la sensibilidad tiene ó no tiene origen. Pero nunca pudiera decirse lo mismo ni del sentimiento, ni de efecto alguno, sea el que fuere. ¿Como es posible que el autor que poco mas allá hace una distincion tan exacta entre la causa y el origen, como funda en los términos el efecto con la propiedad?

Es de advertir que por lo general cuando se

sigue dos efectos, y el primero es la causa que produce el segundo, las propiedades á que se refieren estos efectos, derivan una de la otra, esto es, que la última no es sin una consecuencia de la primera, y en fin, que las sustancias á que pertenecen estas propiedades no son mas que la misma sustancia diferentemente modificada. Es preciso con todo observar que aun cuando no fuese el alma inmaterial, siempre sería algo mas que una simple modificacion de la materia organizada.

Pero, por otra parte, aun cuando fuese puramente espiritual, la causa productora del sentimiento no dejaria por eso de existir en un efecto anterior que se refiere á una propiedad del cuerpo.

(h pag. 12.) No es sin duda permitido decir que los materiales de las ideas son causas de las ideas. Pero, ¿acaso son los sentimientos, como quiere el Autor, los materiales de las ideas? ha probado por ventura semejante aserto ó lo probará últimamente? nos hará ver que de un mismo sentimiento se pueden sacar ideas totalmente diferentes, así como de un trozo de marmol se puede formar una Venus ó un reptil? Llegará á demostrar siquiera que una idea no es sino una modificacion del sentimiento que le ha precedido, y podrá decirnos en qué consiste esta modificacion? Mas adelante lo veremos. Mientras tanto, observaré que las ideas son efectos, como igualmente los sentimientos: y segun esto exclamaré yo á mi vez; como unos efectos habrán de ser materiales de otros efectos! Las vibraciones del cuerpo sonoro serán ma-

teriales del sonido! no lo comprendo.

(j. pag. 13.) No se hallará mas facilmente la *causa* de la sensibilidad que el *origen* ó el principio del sentimiento.

(k. pag. 16.) *Principio* y *causa* segun el autor son dos ideas relativas; principio de consecuencia, y causa de efecto. Sino vé, pues, mas que una causa en la razón del universo, que sea consecuente, y diga que el universo no es mas que un fenómeno.

Algo mas ha de ser ciertamente el universo: porque no hay efectos sin propiedades; y no hay propiedades sin sustancias. Tres cosas hay, pues, que considerar en el universo; *sustancias*, *propiedades*, y *efectos*. Así se pueden distinguir tres especies de causas en lugar de una á saber: causas *modificantes*, causas *condicionales*, y causas *productivas*. Las primeras ó por mejor decir la primera, pues no existe mas que una, se refiere á las sustancias; las modifica: y de aquí las diversas propiedades de los cuerpos de quienes es de esta manera la causa productora ó creadora. Las segundas que no son sino estas mismas propiedades, se refieren á las terceras, no son sino estas mismas propiedades, se refieren á los efectos, de quienes son las condiciones esenciales; y las terceras no son mas que los mismos efectos, que son unas veces, efectos, y otras causas.

Las sustancias son materiales, ó espirituales. Estas no dependen de ninguna causa modificante: ni son transformaciones de otras sustancias: ni tampoco transformaciones ni emanaciones unas

de otras.

La propiedad que distingue esencialmente al espíritu de la materia, es la *actividad*; y esta propiedad que no se deriva de ninguna otra, es la causa condicional de la *accion del espíritu*, es decir, de la *voluntad*; la condicion sin la cual no habria accion independiente propiamente dicha, no habria voluntad.

En fin, la accion ó la voluntad, al menos la voluntad de Dios, no depende de ninguna causa productriz anterior; pero es la causa primaria de todos los efectos conocidos, y es tambien no solamente la primera, sino la causa única que modifica todo lo que existe.

Para no decir que Dios ha hecho algo de la nada, se puede suponer que ha dado á una porcion del espacio la *impenetrabilidad*. De este modo la materia no será mas que una modificacion de la extension; pero nosotros daremos á esta primera modificacion el nombre de *creacion*.

Todas las sustancias materiales no son mas que una sola y única sustancia diferentemente modificada. Toda sustancia material es una modificacion de otra sustancia, excepto la materia elemental; porque mas allá no hay sino Dios, y la materia no ha salido del seno de la divinidad. Dios no es en manera alguna el principio, y origen de la materia.

Las modificaciones de esta constituyen otras tantas *propiedades* que se derivan todas unas de otras excepto la primera es decir la *impenetrabilidad*, que no tiene orijen, y que tampoco deriva de la ac-

tividad como la materia del espíritu.

Por último, cada una de estas propiedades es la causa condicional de un efecto el cual es tambien la causa productiva de otro. De suerte que todos los efectos conocidos, sin derivar unos de otros como las propiedades, forman sin embargo una cadena entre sí, y el primer eslabon es la voluntad de Dios. Y hé aquí de qué modo el espíritu está unido á la materia.

Así supuesto que la voluntad de Dios es no solamente la causa única de todas las modificaciones de la materia, y que por otra parte la materia no es una transformacion del espíritu, ni la impenetrabilidad una modificacion de su actividad, está bien demostrado que el universo no tiene *origen* ni principio; y que solo tiene su causa en la voluntad de Dios.

Con fundamento dice el autor, que en la razon del universo debiamos ver una causa, no un principio. Quizás hubiera sido preciso dar á la voz *causa* un sentido mas lato, y aun muchas significaciones diferentes, como acabo de hacerlo.

(I. pag. 17.) Aprovecharé la ocasion que se presenta naturalmente aquí para hacer una observacion sobre esta expresion, *facultad de sentir*, de la cual podremos hacer un uso asertado, con tal que no la empleemos en el mismo sentido que estas otras *sensibilidad y sensacion*.

En sentir del Autor la sensibilidad es inherente á la naturaleza misma del alma; pero esta no puede sentir sino por su union con el cuerpo. No tiene, pues, en sí el *poder* la *facultad* de sentir

este poder, esta facultad depende de su union con la materia.

Pero el alma en este estado no puede dejar de sentir.

¿Entonces podremos decir que tiene este poder? Diremos que hay poder para una cosa, cuando estamos invencible y necesariamente obligados à ello? Diremos que un cuerpo tiene la *facultad de caer* cuando no está sostenido, y su caída es inevitable?

A esto respondo, que el alma no siente sino por que obra; que así tampoco puede dejar de obrar, y que no obstante se considera la *actividad y con razon*, como una facultad, como una potencia del alma.

La *facultad de sentir* no es mas que la misma *actividad*, en tanto que resulte el sentimiento del egercicio de esta última potencia.

El alma tiene el poder, la facultad de obrar, generalmente siente en el instante que obra; luego tiene el poder, la *facultad de sentir*.

(m. pág. 19) De otra parte así las cosas, el sentimiento, si me es permitido hablar de este modo, es proporcionado en su fuerza à la voluntad, à la accion, al trabajo del espiritu. Pero supongamos que dos individuos hayan recibido igual número de sensaciones, y que la facultad de pensar ó de obrar sea la misma en uno que en otro: sin embargo el uno es un idiota, ó es tenido por tal aun cuando estén sus facultades en un continuo ejercicio; y el otro es un hombre de mucho talento, que adquiere un caudal inmenso de ideas aun cuando no haga esfuerzo alguno para ello. ¿En que con-

¿Existe esta diferencia? Haríamos muy mal sin duda si pretendiésemos que los hombres no se diferenciaban entre sí mas que por la sensibilidad, por el modo de que sienten: ¿Pero se diferencian solo por la actividad, por el grado de atención de que son susceptibles? Me engañaría acaso, al sentar que los adelantamientos que se hacen en las ciencias dependen sobre todo de la *actividad* del alma, y que en su *movilidad* estriban mas particularmente los progresos en las bellas artes? La actividad del alma, y su movilidad son dos cosas que han de tenerse muy presentes.

(n. pág. 24) Ni aun tiene mas que una, que es la *actividad* ó el poder de obrar por sí. La atención, la comparacion y el raciocinio, no son mas que tres maneras de poner en accion la actividad, tres modos de accion, tres diferentes maneras de obrar como dice el mismo autor, en fin tres operaciones del alma, y tres facultades distintas. Tenemos la facultad de andar; mas podremos andar de veinte maneras diferentes, con todo, me parece que estas veinte maneras no constituyen otras tantas facultades.

(o pág. 26) Yo creo que la memoria no es nada de todo esto. Entre tantas definiciones diversas, si hubiese siquiera una buena, y que fuese una verdadera definicion de la palabra y la cosa, sin duda habria de llamar la atención por su claridad, y todos convendrian en adoptarla desechando todas las demas.

Si reparamos en que sin la memoria el pensamiento seria nulo, y que nuestra manera de ser

apenas se diferenciaria de las plantas, sentimos seguramente que el autor, limitándose por decirlo así á copiar á los demas, no se haya detenido con mas seriedad á fijar el sentido de esta palabra.

La memoria no es otra cosa, á mi entender, que una modificacion de la sensibilidad: *es una propiedad del alma en virtud de la cual pueden reproducirse las ideas adquiridas.*

Y asi la memoria no es una disposicion al llamamiento de las sensaciones.

Es algo mas que la disposicion al llamamiento de las ideas.

Es un producto de la atencion, ó mas generalmente de la accion del alma; pero en este sentido; que no es mas que la sensibilidad modificada por la accion.

No es un efecto; por consiguiente, no puede ser una sensacion continuada pero debilitada, una sensacion renovada, una idea renovada, un fenómeno.

No es efectivamente ni causa ni facultad, pero tampoco tiene causa; no tiene mas que un principio un origen que es la misma sensibilidad.

No es el residuo de una sensacion, porque de una sensacion nada queda.

No es lo que resta despues de una sensacion, todo lo mas que pudiera quedar seria una idea, y la memoria no es una idea. Tan lejos está de ser un recuerdo como una idea renovada. Tan imposible es confundir la memoria con el recuerdo, como la movilidad con el movimiento.

(p. pág. 26) Tambien se toma el juicio por la comparacion misma, por aquella operacion del alma

por la cual percibe una relacion. En este sentido se dice casi siempre; *juzga* en lugar de decir: *compara*; como tambien decimos frecuentemente *vea V.*, por *mire V.*

(y pág. 26) A falta de términos particulares para designar ciertas propiedades que deberian estar colocadas entre la memoria y la sensibilidad propiamente dicha, pudieramos comprender bajo la comun denominacion de *imaginacion*, con tal que se distinguiesen muchas especies de imaginaciones.

Cuando un objeto se presenta á nuestra vista, su *imagen* se pinta en la retina, y va en seguida á producir un sentimiento en el alma, y despues lo que llamamos *idea*. Pero aun cuando no sea esta realmente una imagen como parece indicarlo la sinonimia de estos dos vocablos, se han llamado asi por estension no solo las ideas sensibles que tienen su primera causa en el sentido de la vista, esto es, en las impresiones hechas sobre este órgano; sino tambien á todas las demas ideas bien sean sensibles ó puramente intelectuales. Seria pues natural que se hiciese significar á la palabra *imaginacion* que deriva de la *imagen*, ó de su sinonimo *idea*, la *propiedad* en virtud de la cual adquiere el alma ideas; cualquiera que sea por otra parte la naturaleza de las ideas, y la manera con que se formen.

(r pág. 34) Me parece que resulta de este lugar del testo que está á mi ver algo obscuro, que el deseo, que la voluntad en su principio es en sentir del autor, una *accion* del alma necesariamente determinada por causas externas.

Se me hace muy difícil considerar el deseo como una *accion*, como una operacion del alma, ó en language del autor, como una facultad. Porque ¿como podrá la *direccion* de las facultades del entendimiento hácia un objeto constituir una facultad? Confieso ingenuamente que no puedo comprenderlo. Quisiera yo una definicion mas sencilla y luminosa de lo que se llama *deseo*.

Siempre he creido que podia muy bien el deseo influir en la voluntad ó determinarla; pero no creia que esta no fuese mas que el deseo en su principio, y que este deseo era una facultad del alma.

Asi es como la hubiera yo definido, si antes de haber leido esta obra me hubiesen preguntado sobre este particular.

El *deseo* es un movimiento del alma, un sentimiento exitado por la atencion que dirijimos hácia algún objeto ó sobre la idea de otro propio para satisfacer una necesidad, para lisonjear alguno de nuestros gustos; y este sentimiento no es quizá mas que la misma necesidad mejor sentida, mejor determinada por la presencia del objeto que puede satisfacerla, por la atencion que dirijimos hácia ella y por la comparacion que hacemos, como sin saberlo, de su privacion con el recuerdo de su goce que hace aun mas dolorosa la privacion, y la necesidad ó deseo mas vivo.

Tambien hubiera yo podido decir que el deseo en su principio no es mas que la *atencion* misma, cuando la dirigimos hácia una misma necesidad, sobre el objeto que puede satisfacerle, sobre la priva-

cion de este objeto &c. ; pero la circunstancia particular en la cual se considera aqui la atencion, que no por eso modifica esta accion del alma, me hubiera impedido considerarla como una facultad distinta de las demás; y sobre todo no hubiera podido comprender el raciocinio que busca todos los medios de asegurar el objeto que deseamos; porque estas tentativas del espíritu me parecen independientes del mismo deseo.

¿Buscaremos acaso siempre los medios de conseguir lo que deseamos?

(s. pág. 34) Elegir es determinarse en favor de una cosa que deseamos mas vivamente ó que solo agrada mas que otra, con la cual la hemos comparado. Cuando el alma se resuelve, puede continuar su atencion y querer, desear lo que deseaba; lo queria antes ó durante la comparacion: pero cesa de comparar, y en esto pienso yo que consiste la *determinacion*. Determinarse es lo mismo que cesar de obrar, cuando menos es dejar de obrar de cierta manera. ¿Como, pues, será posible que la *determinacion* considerada en esta circunstancia sea una facultad, una potencia del alma?

La *preferencia* resulta de la comparacion que hemos hecho entre dos cosas que deseamos, ó que nos afectan agradablemente. ¿Como puede el resultado de una comparacion constituir una facultad particular?

Yo no veo en la preferencia mas que un juicio que resulta de una comparacion entre dos ó muchos objetos propios para satisfacer nuestras necesidades, nuestros gustos, y nuestros caprichos. *Preferir* una cosa á otra es *juzgar* que es mejor,

mas grata, que será para nosotros mas agradable, mas ventajosa: es percibir una relacion, es sentir una diferencia en el modo con que nos afectan estas cosas.

He aventurado algunas ideas sobre el *deseo* y la *preferencia*. Concluiré confesando mi ignorancia y mi confusion. Á la verdad no puedo dejar de decir que estoy poco satisfecho de lo que manifiesta el autor respecto á estas dos facultades; pero tampoco daré la mayor importancia á lo que he dicho sobre este particular, y mi opinion respecto á él está muy lejos de fijarse.

(t. pág. 39) La *deliberacion* es una consecuencia de comparaciones y racionios, cuyo objeto es tomar una determinacion sobre cosas que interesan á nuestra felicidad presente ó futura. Es un consejo cuyos miembros son las ideas y los sentimientos, y cuando el arrepentimiento concurre tambien, siempre su voz es tenida en mucho.

No siempre pensamos en asociar este consejo, que convoca el arrepentimiento, cuando está presente; otras veces le tenemos sin saberlo nosotros y aun á pesar nuestro. Por otra parte no podemos llamar á él sino las ideas adquiridas por la educacion que hemos recibido de los hombres y de las circunstancias, y mucho falta todavía para que todas estas ideas adquiridas que pueden referirse al objeto de la deliberacion, concurren á la cita: la memoria en estas circunstancias suele burlarnos las mas veces. En fin este consejo estando ya formado, no basta solo comparar y racionar, sino que tambien es preciso ver con exactitud y necesitamos racionar con la mayor pre-

cision; y entre ciento no habrá quizá dos personas que vean una misma cosa del mismo modo; no habrá tal vez uno siquiera que sea capaz de raciocinar siempre con exactitud. Segun esto no debemos extrañar que una determinacion fundada sobre tantas cosas que no dependen de nosotros, y que por otra parte varian de la noche á la mañana sea reprobada por los demás hombres, y nos prepare á nosotros mismos un nuevo arrepentimiento.

(u pág. 41) ¡El poder de no querer! ¿que sentido aligará el Autor á estas voces? si ha querido dar á entender que *el no querer hacer una cosa es querer no hacerla*, es *querer* abstenerse de ella; entonces ¿no bastaría decir que la libertad es el *poder de querer despues de la deliberacion*?

(v pág. 41) Cuando ninguna causa estraña nos obliga, ni tampoco nos impide ejecutar un proyecto, y hacer lo que nos habiamos propuesto, decimos que somos libres. En esto consiste efectivamente la libertad física, que solo es un modo de existir, un estado dependiente de las circunstancias que nos rodean, y no una *propiedad*, una disposicion natural en virtud de la cual podamos obrar de tal ó cual manera. Pero de esta libertad no se trata; se habla de la del alma, ó del libre alvedrío: se trata de saber si la libertad es una *propiedad* del alma, una *facultad*.

Muchas veces no obra el alma sino impulsada por una causa externa, que ha empezado obrando sobre ella. Pero como tiene el poder, la facultad de obrar por sí misma, puede no solo resistir al movimiento (permitaseme este modo de ha-

Mar) que esta causa procuraba imprimir en ella, sino tambien obrar en sentido contrario, como si no fuera impelida por motivo alguno. En esto consiste la libertad propiamente dicha. La actividad y la libertad no son, pues, sino una sola y única facultad: y la cuestion del libre alvedrio se reduce á saber si efectivamente puede el alma obrar por sí misma, sin haber sido en manera alguna instigada por una causa externa. Esta es, sino me equivoco, la cuestion que han agitado y examinado algunos filósofos; y como muchos de ellos han llegado á resolverse por el racionio y la observacion á inferir que el alma no obra sin motivo, ni por sí misma en el sentido que aquí lo entendemos, y en el rigor de los términos, han deducido que no es libre.

Tambien el Autor parece admitir que el alma no obra sin ser determinada por algunos motivos. Pero segun él, es libre cuando se determina despues de haber examinado estos motivos, y haberlos comparado entre sí. De donde resultaría que la misma circunstancia en la cual se ejerce la voluntad es la que constituye la libertad. Pregunto yo empero, ¿de qué modo puede una circunstancia constituir una facultad? El alma despues de la deliberacion es sin duda influida por ideas de relacion de los juicios; y las consecuencias que hizo nacer la misma deliberacion, y que pueden mudar el objeto de su voluntad. Pero, ¿cambia la misma voluntad? ¿no es ya la accion del alma lo que era antes de la deliberacion? ¿sufre acaso alguna modificacion? se habia convertido en alguna operacion distinta de la volun-

tad antes de la deliberacion? Yo queria una cosa, sigo queriendola todavia por nuevos motivos, ó ya por otros diferentes, quiero otra. ¿Que hace esto á la manera de querer, á la operacion del alma?

En verdad que tanto puede ser la libertad una propiedad activa del alma como del cuerpo; y tal vez no será mas que una manera de considerar una accion ya corporal, ya espiritual. Bajo este punto de vista la accion ó el movimiento del cuerpo es libre cuando este movimiento ó accion es la consecuencia de una determinacion tomada despues de deliberar: la accion del alma, la voluntad es libre, cuando la ha precedido la deliberacion, porque era ella el objeto. Segun esto si se quiere definir la libertad, no se ha de decir: *es la facultad, es el poder, es la propiedad, &c.*

Digase mas sencillamente: *la libertad es la cualidad de lo que es libre*; asi como la bondad es la cualidad de lo que es bueno. Pero solo las acciones son buenas, solo las acciones son libres, y lo son mas ó menos. Decimos que un hombre es bueno, que tiene una alma buena, cuando sus acciones son ordinariamente buenas: pero nos espresamos asi solo por estension; y aun cuando la bondad se refiriese al alma en vez de referirse á la accion suya, no se habría de decir por eso que la bondad es un poder, una *facultad*. Digamos, pues, en el mismo sentido, que el alma es libre, que el hombre es libre, cuando le juzgamos mas ó menos *capaz de reflexion*: pero no confundamos esta capacidad que es puramente relativa, que es susceptible de todas las gradaciones y que depende de nuestra organi-

accion y educacion, con la facultad misma de reflexionar, de estar atento, de comparar, de raciocinar, de deliberar, de obrar, de querer, en una palabra, con la actividad misma, esta propiedad absoluta que deriva de la naturaleza del alma. O si se confunden estas cosas, volveremos á caer todavía en la primera cuestion, y la libertad volverá á ser actividad. Concluyamos, pues, aun otra vez que la libertad no es una facultad, ó al menos, que no es una facultad distinta de la misma actividad.

Tal vez me argüirán, recordándome el origen de la voz *libre* que significa *balanza*, por lo que debe necesariamente la libertad referirse á la misma alma, y no á la accion del alma.

A esto responderé, que si esta diction ha conservado su primera significacion, la *libertad* no es mas que el estado del alma cuando es *libre*, esto es, cuando está en *balanza* entre dos ó muchos sentimientos, varias ideas, distintas fuerzas morales que la solicitan en sentido contrario. Pero una manera de ser, no puede constituir una *facultad*.

Por otra parte sería muy extraño, mientras que la libertad física consiste en un estado exento de *violencia* y de *impedimento*, que la libertad del alma consistiese precisamente en un estado diametralmente opuesto. En lo demas ¿qué se necesita para hacer desaparecer la diferencia de estos dos estados? Es preciso suponer, como parece que se ha hecho siempre, que las fuerzas morales que impulsan al alma en opuesto sentido, son iguales entre sí, por que entonces destruyendose reciprocamente dejan al alma

en un estado de perfecto equilibrio, ó de completa libertad.

Pues ¿no se ha partido de esta falsa suposición para decir que el alma obra por sí misma? porque obrar sin ser impelida por motivo alguno, ú obrar bajo la influencia de motivos encontrados y perfectamente iguales, es lo mismo.

Segun esta observacion parece, pues, que se habrá dado mas latitud, ó mas bien se habrá torcido la significacion de la palabra libertad para aplicarla á la actividad misma considerada en una circunstancia particular, esto es, á la facultad de obrar, no sin motivo, sino á pesar de motivos opuestos é iguales entre sí, lo que viene á ser lo mismo. La libertad sería, pues, *no el poder de querer después de deliberar, sino él de querer no obstante la perfecta igualdad de los motivos que han nacido de la deliberacion*. Si existiera esta perfecta igualdad, la libertad, lo mismo que la actividad, no serían en efecto mas que el poder de obrar sin motivo, y la libertad no se diferenciaría de la actividad misma sino por una simple circunstancia. Pero en rigor; nunca esta igualdad puede existir; el alma está siempre impelida á obrar en un sentido mas bien que en otro. Siendo esto así, si el alma puede resistir á la fuerza moral que le parece mas poderosa, ó aun obrar en sentido opuesto, es libre, es activa en todo el rigor de la espresion; pero la libertad y la actividad no son mas que una sola y misma facultad: si por el contrario *no puede* resistir á aquel motivo que prevalece sobre los demás, entonces pregunto yo, ¿cómo

la libertad es una *potencia* una *facultad*?
 Por lo que, ó la libertad no es mas que la *cualidad* de lo que es libre, y solo las acciones lo son; pero la *cualidad* de una accion no puede ser la *propiedad* de una sustancia, ni menos una *facultad*, ni una *potencia*.

Ó la libertad es aquel estado del alma cuando está balanceada por varios motivos que la solicitan en sentidos contrarios; pero este estado pasivo no puede ser una *propiedad* activa, ni una *facultad*.

Ó por último, la libertad es el poder mismo de obrar, de querer en este estado, ó despues que ha pasado por él. Pero entonces la libertad no es mas que la misma actividad; porque la circunstancia en la cual se ejerce la actividad no muda de naturaleza. Luego la libertad no es una *facultad* ó no es mas que la misma actividad.

(w. pág. 45.) Ya sea que tengamos el *deseo* de instruirnos; que demos la *preferencia* á tal ó cual conocimiento mas bien que á otro cualquiera, y que *deliberemos* antes de resolernos á abrazar tal ó cual género de estudio; ya sea que dirijamos nuestra *atencion* hácia cosas cuya posesion pudiera hacernos felices; que *comparemos* estas cosas entre sí y que busquemos por una serie de *raciocinios* los medios de gozarlas; ya sea que tengamos la *voluntad* de instruirnos, para adquirir ideas y conocimientos, para satisfacer nuestros gustos, y curiosidad, y para procurarnos goces intelectuales; ya sea que *reflexionemos* sobre los medios de ser felices de otra manera; nunca obramos, ó mejor diré (porque aquí no se trata de acciones corporales) nunca obra el alma mas que

por su interés, y para su propio bienestar, para su propia satisfaccion, aun cuando haga el sacrificio de un placer actual; y si es verdad que el alma puede conocer, sin gozar de manera alguna, y reciprocamente, es al menos cierto que estas dos maneras de sentir están enlazadas por una infinidad de matices intermedios; que así la mayor parte del tiempo, obrar para conocer es en el fondo lo mismo que obrar para gozar, ya sea actual ó ulteriormente, ya física ó moralmente, y ya sensual ó intelectualmente. A mi parecer no debería distinguirse el entendimiento de la voluntad.

Esta es algunas veces tan débil que á penas merece este nombre; otras está muy pronunciada; pero entre estos dos términos hay muchos otros grados que conducen del uno al otro.

Queremos á sabiendas ó *scienter*, ó queremos absolutamente sin saberlo (*laté*); pero un sin número de matices imperceptibles separan y unen todavía estos extremos.

Finalmente queremos ó necesaria ó libremente, esto es, como dice el Autor, antes ó despues de deliberar.

Aquí, parece que hay un punto de demarcacion entre las dos voluntades; pero si reparamos en ello, notaremos en la misma deliberacion muchas diferencias de especies y matices; de suerte que en parte mayor de los casos sería difícil decir si hemos ó no deliberado; y si queremos antes ó despues de deliberar.

Despues de estas consideraciones, quizás convendría dar el nombre genérico de voluntad á toda accion del alma, cualquiera que sea en sí, y cualquiera que sea

su objeto. Si importa no confundir cosas esencialmente diferentes, tal vez importará mas no mirar como esencialmente distintas cosas que no difieren entre sí, solo por el mas ó el menos, y que pueden conducirnos de una á otra por matices imperceptibles; pues que por este medio reducimos los principios y simplificamos las ciencias.

(x. pág. 46) Será mas perfecta la analogía si á la palabra *libertad* sustituimos *deliberacion*. Será perfecta la analogía si ademas, en lugar de considerar al deseo como un *sentimiento* nacido de la atencion, y la preferencia como un *juicio* resultando de una comparacion, dijese (como acabamos de ver) el deseo es la atencion, y la preferencia la misma comparacion, cuando versan sobre objetos propios para satisfacer nuestras necesidades.

Supongamos que con esto consintiesemos ver en la libertad unicamente la actividad misma; entonces analizaríamos y definiríamos el pensamiento del modo siguiente:

El *pensamiento* es la facultad de obrar para *sentir* y comprender la *actividad* y la *libertad*.

La *actividad* es la facultad de obrar para conocer: la *libertad* es la facultad de obrar para gozar.

El *entendimiento* es la *actividad* en ejercicio: y la *libertad* en ejercicio es la *voluntad*.

El entendimiento comprende la *atencion*, la *comparacion* y el *raciocinio*.

La *voluntad* se compone de las mismas operaciones (quizas un poco modificadas; pero aquí la *atencion* se llama *deseo*; la *comparacion*, *preferencia*, y el *raciocinio*, *deliberacion*.

Véase una analogía perfecta que nada tiene de violento, y que nada deja que desear. Resta saber si las razones en que se funda tienen bastante solidez para que pueda sostenerse. Según mi modo de ver:

El *pensamiento* es la facultad de obrar, ó de querer, para sentir, esto es, para *conocer* y para gozar. Suponiendo la *actividad* y la *movilidad*.

El *entendimiento* es el pensamiento ó la facultad de pensar en ejercicio. Luego supone la *accion* y el *movimiento*, esto es, la *voluntad* y el *sentimiento* en general.

El entendimiento comprende la *atencion*, la *comparacion* y el *raciocinio*.

El *sentimiento* en general comprende el *sentimiento propiamente dicho*, la *idea* y la *reminiscencia*.

Estos tres movimientos del alma corresponden á tres propiedades, que son la *sensibilidad propiamente dicha*, la *imaginacion* y la *consciencia*.

Los tres modos de obrar del alma, á saber: la *atencion*, la *comparacion* y el *raciocinio*, dependen todos de la misma facultad, ó corresponden á tres facultades supuestas que llevan los mismos nombres que ellas.

La *inteligencia* por último es un grado mas ó menos elevado de todas estas propiedades tanto activas como pasivas. El entendimiento es una propiedad absoluta que está enlazada con la naturaleza del alma; la inteligencia es una cualidad relativa, que depende de la organizacion física, y del ejercicio mismo de la facultad de pensar. Persona hay que está dotada de una grande inteligencia, que por una parte siente vivamente y juzga con tanta prontitud

como seguridad; y por otra es capaz de reflexionar largo tiempo y profundamente sobre un mismo asunto; de remontarse por una serie de raciocinios siempre exactos hasta los principios de las cosas, y de percibir entre las que compara relaciones remotas que se escaparían á la generalidad, y aun á hombres de mucho talento.

(y. pág. 57.) ¿Este raciocinio es por ventura riguroso? Será exacta, será necesaria esta consecuencia? yo no lo creo. En el sentimiento es donde se ha de buscar, no la idea misma, á mi entender, pero si la causa de la idea. No tendríamos ciertamente idea de una cosa, si confundieramos el sentimiento que ella ha producido en nosotros con otros sentimientos; y sino pudieramos distinguírle de cualquiera otro sentimiento: ¿pero se sigue de esto que la idea de esta cosa no sea mas que este mismo sentimiento? Tambien es cierto que la idea de un objeto recuerda muchas veces el sentimiento que la produjo; pero aun cuando esto sucediera siempre, ¿pudieramos inferir de aqui que esta idea y este sentimiento eran mas que una sola y misma cosa? ¿Será el sentimiento, como quiere el Autor, el *origen* de la idea; ó no es mas que su *causa productiva*, como á mi me parece? Estas son las razones en que me fundo.

Cualquiera que sea el número y la diversidad de objetos que se presentan á nuestra vista, aun cuando no mirásemos ninguna con atencion, y estuviésemos en un sopor próximo al sueño, no dejarían por eso de pintarse todos en nuestros ojos, y producir en ellos ciertas impresiones en virtud de una propie-

dad á la cual daré por el momento el nombre de *sensibilidad física*. Pero estas impresiones serán débiles y confusas, y aun es dudoso que en este caso llegasen hasta el cerebro.

¿Llega la atencion á despertarse, y dirigirse mas particularmente sobre el órgano de la vista al dirigirse hácia uno de estos objetos? Desde este momento la *sensibilidad física* aumenta en un sentido; muda de carácter; y se convierte en cierto modo en una nueva propiedad, en virtud de la cual el mismo nervio óptico se presta todo entero, esto es en toda su estencion, al efecto que produce la impresion de este objeto sobre la vista. Llamemos á esta propiedad, á esta modificacion de la sensibilidad, *movilidad nerviosa*,¹² y al efecto del cual es la condicion esencial, *movimiento nervioso*. Notemos en seguida:

1.º Que aqui hay dos propiedades, la *sensibilidad física*, y la *movilidad nerviosa*; como tambien dos efectos, la *impresion sobre la retina* y el *movimiento nervioso*, cuyas causas condicionales son estas propiedades.

2.º Que la última propiedad no es sino la primera modificada por la atencion, ó mas generalmente por la voluntad; y asi la primera propiedad es el origen de la segunda.

3.º Finalmente que el primer efecto no es sin embargo el origen, si solo la *causa productiva* del segundo; á la manera que la frotacion de un arco de violin sobre una cuerda vibrante es la causa productiva de las vibraciones de esta cuerda.

Pero lo que acabo de decir de la *impresion*

sobre los sentidos y del movimiento nervioso, puede aplicarse al sentimiento y á la idea. Lo que he llamado *imaginacion* no es mas que *sensibilidad* propiamente dicha, modificada por la voluntad; y estas dos propiedades que derivan una de otra son las causas condicionales de la *idea* y del *sentimiento*. En fin, este es la *causa productiva* de la *idea*, del mismo modo que la impresion de los sentidos es la *causa productiva* del movimiento nervioso.

Aquí hay dos órdenes de hechos que, segun creo, tienen una perfecta analogía; y la conclusion que de esto saco, es: que el sentimiento no es el *origen de la idea*; que esta no es un *sentimiento* separado de los demás sentimientos; que es otra cosa finalmente que un sentimiento distinto; todo lo cual parece por otra parte confirmado por la experiencia.

No hay nadie que deje de tener la idea del olor de las rosas; pero, ¿quien será el que sostenga que siempre que esta idea se reproduce en él, ó que la recuerde, experimenta realmente el sentimiento conocido con el nombre de olor de rosa? Nadie podrá persuadirme que oigo efectivamente el sonido de un instrumento músico, cuando estoy preocupado con la *idea* de música que he oído; que la canto en cierto modo, sin que se oiga mi voz. ¿Qué hay de comun entre lo que pasa en mí entonces, y los sonidos que han embelezado mis oídos?

Asi como los efectos son proporcionales á sus causas, y hay sentimientos confusos y distintos, tambien hay ideas confusas, y distintas, ¿diremos por esto que la idea confusa es un sentimiento distinto, y que la idea distinta es un sentimiento mucho ma-

distinto todavía; ó bien que la idea empieza, en donde acaba el sentimiento? El mismo Autor nos responderá á esta pregunta.

«El caracter propio y esencial de la idea, dice, es la distincion, y si quisiésemos espresarnos con un rigor geométrico, no daríamos el nombre de idea á la idea confusa, pues veríamos en ella un simple sentimiento, así como en el *sentimiento distinto* hemos visto la idea misma.»

Este lugar del texto es terminante, y de él resulta que en rigor la idea confusa del olor de almizcle, por ejemplo, es la sensacion misma que él produce en el objeto.

¿Es la idea un sentimiento? la idea sensible será un sentimiento-sensacion, una sensacion? ¿Quién pudiera dudarlo? responde el Autor; pero conviene no olvidar, añade, que la idea no es un simple sentimiento, y sí un sentimiento distinto.

Será distinto cuanto quiera; pero no por eso dejará de resultar de sus asertos que la idea sensible no es sino la misma sensacion.

«En su principio, dice el Autor, la idea es el simple sentimiento; el sentimiento modificado en sí mismo.»

¿Será exacto decir que una cosa está *modificada*, porque no la confundimos con otra? estará en efecto modificada, porque únicamente la distinguimos de todo lo que no es ella?

«Las ideas sensibles tienen su origen en el sentimiento-sensacion, y su *causa* en la atencion.»

Esta podrá muy bien modificar una propiedad, podrá tambien disponer los órganos y el alma misma

para recibir impresiones, para adquirir ideas; pero le sería imposible transformar un efecto en otro.

Me parece que resulta de todo lo que llevamos dicho anteriormente, que no pueden sostenerse á un mismo tiempo de manera alguna las proposiciones que siguen; 1.^a El alma es la única que *siente* y que tiene *ideas*. 2.^a Las impresiones que recibe el alma son de dos especies, pero de una misma naturaleza: *derivan unas de otras*.

Una de dos; ó dígase que es el alma sola la que *siente*, y tiene ideas; pero que los sentimientos y las ideas son de naturaleza muy diversa, y que estas no tienen su *origen* en el sentimiento: ó que las sensaciones pertenecen exclusivamente al cerebro, y que el alma no puede tener *ideas* mas ó menos confusas, mas ó menos distintas.

Llámesese si se quiere *sentimiento* lo que llamo yo *idea confusa*; pero que no se confunda al sentimiento-idea con la misma sensacion. Dígase que la sensacion (bien pertenezca al cerebro ó al alma) es la *causa productiva* del sentimiento-sensacion, y que este es el *origen de la idea sensible*; no disputaré sobre estas últimas palabras.

¿Pero toda esta crítica no induce á falsedad? No hemos hecho decir al Autor lo que no piensa, y lo que no ha dicho? ¿Le habremos comprendido bien, le habremos interpretado en su verdadero sentido? Oigámoslo mas todavía.

La idea, dice, consiste en la distincion que hacemos, ó que estamos en estado de hacer, de todo lo que se ofrece al entendimiento, como substancias, modos, realidades, abstracciones, puntos

de vista, cosas y palabras, para decirlo todo. Es una relacion de distincion.—Las ideas no se diferencian solamente de las sensaciones y de los sentimientos-sensaciones, sino tambien de toda especie de sentimiento. Sentir relaciones de distincion, y sentir simplemente no es lo mismo.—Tener una idea ó discernir lo que hemos sentido confusamente, ó apercibir ó percibir es una misma cosa.

Que se mire la simple distincion como una verdadera *modificacion*, pase: pero al menos no confundamos el sentimiento así modificado con la accion ó el poder de distinguirle, de modificarle. ¿El poder que tengo de separar un objeto de otros, es por ventura una modificacion de este objeto, ó es el mismo objeto modificado de cierto modo? como, pues, podrá la idea ser á la vez un sentimiento distinto, un sentimiento separado de los demás sentimientos; y consistir en la distincion misma que hacemos, ó que estamos en estado de hacer de todo lo que se ofrece al espíritu?

¿Pero qué puede ofrecerse, pues, al espíritu? Sustancias, modos y realidades. ¿Pues no son las ideas de estas cosas las que se ofrecen al espíritu?

Las ideas son sentimientos distintos: las ideas se diferencian de toda especie de sentimiento.

¿No son contradictorias estas dos proposiciones? Como podrá un sentimiento distinto diferenciarse de toda especie de sentimientos? ¿Como distinguiéndose un sentimiento de cualquiera otro, le modificamos hasta el punto de desfigurarle y hacerle que mude en cierto modo de naturaleza?

La idea es una relacion de distincion. Sentir

una relacion de distincion, y sentir simplemente no es lo mismo.

Una relacion y un sentimiento distinto, tampoco son quizá una misma cosa. ¿Pero tener un sentimiento distinto, sentir distintamente, no es sentir simplemente y además sentir una relacion de distincion?

Tener una idea, ó discernir lo que hemos sentido confusamente es lo mismo.

Adquirimos una idea siempre que discernimos lo que habíamos sentido confusamente: así es como un sentimiento produce una idea, y una idea confusa llega á ser una idea distinta. Recíprocamente discernimos ó somos capaces de discernir una cosa cuando tenemos de ella una idea distinta, una idea propiamente dicha. ¿Pero discernir, adquirir una idea, y tenerla, no son tres cosas totalmente diferentes? ¿Esta última principalmente no difiere esencialmente de las dos primeras? Tengo en este momento la idea, ó el recuerdo (que no es sino lo que se llama idea reproducida) del sonido de un instrumento particular que he oído hace ya muchos años; luego discierno, según el Autor: ¿Pero que puedo discernir, si no hay en mí actualmente algo que reemplace y represente la sensacion que experimenté? Pero este algo no es él mismo la idea de que estoy preocupado? Podrá decirse que lo que en mí pasa actualmente es ó era primeramente un simple sentimiento, un sentimiento-sensacion: y que lo mismo sucede siempre que no hay nada de comun en la sensacion propiamente dicha, y el recuerdo que á ella se refiere.

Y no se diga tampoco que la idea ó el recuer-

do no es mas que una sensacion continuada pero debilitada; porque entonces preguntaré de qué modo podemos tener á un mismo tiempo las ideas del calor y del frio; preguntaré tambien cual sea, por ejemplo, la temperatura real que deba corresponder á la idea de un calor igual al del agua hirviendo, ó á la idea del frio que experimentaría yo, si apretase en mi mano una bola de nieve. Estas preguntas que pudiera multiplicar y variar infinitamente, bastarán, me parece, para dar á entender la imposibilidad de admitir la opinion que impugnó.

Concluyamos, pues, que la *idea sensible* no es una *sensacion debilitada*, ni una *sensacion modificada*, ni tampoco una *sensacion distinta* de cualquiera otra sensacion; ni el *poder* de hacer esta distincion, ni mucho menos, todas estas cosas juntas, como quiere el Autor: ó mas bien, deduzcamos de esto que Laromiguière no ha explanado bastantemente la *naturaleza y el origen de la idea sensible*, y que lo que de ella dice, siendo por otra parte susceptible de dos interpretaciones totalmente diversas, nos deja que desear nuevas aclaraciones suyas sobre tan importante asunto.

(z. pág. 84) En ninguna parte. Una idea no es mas que una modificacion pasagera del alma; es lo que resulta de una accion que muda actual y transitoriamente su manera de ser. Se comprenderá esto mejor con un ejemplo tomado de la fisica.

Un cuerpo elástico muda de forma, se aplasta por la presion ó la percusion, y al mismo tiempo se dilata por el calor. ¿El aplanamiento existe en una parte del cuerpo, y la dilatacion en otra;

ó mas bien existen simultáneamente los dos efectos en cada una de las partes de este cuerpo? Esta es, sino me engaño, la pregunta que hace aquí el Autor.

Y á ella respondo que cada una de las partes de este cuerpo podrá tener muy bien un movimiento compuesto que resulte, 1.^o de la acción del calor; y 2.^o de la fuerza mecánica que obra exteriormente sobre este cuerpo: pero que ni el aplanamiento ni la dilatación existen separadamente en ninguna de sus partes materiales; y que estos dos efectos tampoco se hallan juntos en cada una de estas partes. Uno y otro tienen lugar y se verifican á un mismo tiempo en todo el cuerpo.

FIN DE LAS NOTAS.

RESUMEN Y CONCLUSION

DE LAS NOTAS CRITICAS

O DISEÑO

DE UN NUEVO SISTEMA

DE LAS FACULTADES

DEL ALMA.



§. I.

Ya veíamos á entrar en nosotros mismos, para examinar lo que allí pasa; ò ya dirijamos nuestra vista aun mas allá de los límites del mundo, y procuremos penetrar hasta en la naturaleza de las cosas, no vemos, no encon-

tramos nunca mas que *sustancias, propiedades, y efectos*. Todo lo que no sea alguna de estas tres cosas, ni es real, ni efectivo, al menos respeto á nosotros.

Las sustancias son *espirituales ó activas, ó materiales ó pasivas*. El espíritu y la materia, un agente ó agentes siempre en ejercicio, y materiales incapaces de modificarse á si mismos, de obrar por sí, pero susceptibles de recibir todas las formas imaginables, este es el universo, y todo lo que existe.

Podemos añadir á esto el *vacio absoluto*, que no es nada real, pero cuyas propiedades negativas son sin embargo la condicion esencial del movimiento. Entonces podrá decirse con verdad que el universo (y en él lo comprendo todo) abraza el espíritu y la estension impenetrable.

El espíritu modificando mas y mas la materia que en el fondo es siempre

la misma, le dá diferentes maneras de ser, que constituyen sus diversas propiedades: y á cada una de estas corresponde un efecto (ó varios efectos de un mismo órden) cuya *causa condicional* es esta propiedad, ó la condicion sin la cual no podrán manifestarse. Cada uno de estos tiene tambien su *causa productiva*: pero esta causa no es en sí mas que un efecto anterior que se refiere á otra propiedad. La causa primaria de todos estos efectos es la accion misma del espíritu; y esta accion es tambien la única causa *modificante* que hace sufrir á la materia sus metamórfofis, varía hasta lo infinito sus propiedades.

Estas substancias, estas propiedades, y estos efectos estrechamente unidos unos con otros, y dispuestas en un órden necesario, forman un solo todo, un sistema único que es el de la naturaleza, y el entendimiento humano hace parte integrante de este sistema como lo ve-

remos muy luego.

§. II.

Hablemos primero del *espíritu*. Bajo esta denominacion comprendo á Dios, y todas las substancias inmatrimales y espirituales en caso de que existan otras ademas de Dios.

Cualquiera que sea la naturaleza de estas substancias, y las diferencias que las distingan, podemos aqui confundirlas todas; porque en ellas solo tendremos que considerar una facultad que les es comun: cual es su *actividad* ó el poder que tienen de obrar por sí mismas, sin que á ello las obligue ningun poder exterior.

Ni la Lógica y la idolología exigen que distingamos el espíritu del espíritu: y mucho menos que examinemos si es una *emanacion* de Dios, ó si Dios la crió á su semejanza; lo que por otra parte vendria á ser casi lo mismo, si-

no por las consecuencias, al menos en cuanto al resultado; supuesto que en uno y otro caso sería el alma una substancia simple, inmaterial, espiritual, inteligente, inmortal, parecida á Dios con la diferencia de lo finito á lo infinito.

La Lógica y la Ideología, el arte de raciocinar y el de pensar tampoco ecsigen que separemos con los moralistas el espíritu de la materia para considerarle en sí mismo, esto es, bajo la relacion de su espiritualidad y de su inmortalidad. Como por otra parte sabemos positivamente que el espíritu obra en la materia, y la materia en el espíritu, pero sin saber de que modo; sin concebir siquiera que esta accion reciproca entre dos substancias que se diferenciase tan esencialmente pueda realmente tener lugar; consideramos al alma humana, ya como una substancia mista resultado de la union del espíritu y de la materia organizada; ya como una substancia simple, que ni es

puramente material ni puramente espiritual; y para nosotros el alma y el cerebro no serán sino una sola cosa idénticamente.

Mas porque esta alma, independiente de las otras propiedades suyas, tiene la facultad de obrar por sí misma, la colocaremos por ahora entre las substancias espirituales.

Todo movimiento del cuerpo va acompañado ó precedido de una acción del alma; pero á toda acción del alma no sigue un movimiento del cuerpo; porque el alma puede obrar sobre otros órganos que los del movimiento y la voz; puede obrar sobre el cerebro solamente ó sobre sí misma, sin que esta acción se comuniqué á las estremidades que sienten.

La atención, la comparación, el raciocinio (y si se quiere, el deseo, la preferencia y de la deliberación), son otras tantas operaciones, otras tantas maneras de obrar que tiene el alma; y

las comprendo todas bajo el nombre comun de *voluntad*, que aplico igualmente á la accion de Dios ó del espíritu puro. Asi toda vez que se trate de substancias espirituales, *obrar* y *querer* serán lo mismo idénticamente.

La voluntad que tiene su causa *condicional* en la actividad del espíritu, no podemos mirarla como un efecto, por que no depende de ninguna causa *productiva* anterior. La voluntad lleva en sí misma su causa; ella es la causa primaria de todos los fenómenos, y la sola causa *modificante* de todas las propiedades.

De aqui no debemos inferir que estas propiedades derivan de la actividad del espíritu: para esto seria preciso que el espíritu fuese el principio ó el origen de la materia, lo que no es asi. El espíritu ha creado la materia, ó la voluntad ha modificado la estension; pero esta no es una modificacion del espíritu.

Hay motivo para creer que el espíritu no obra sobre la materia ponderable sino por medio de un fluido sutilísimo. Este fluido puesto en movimiento se hace desde entonces el signo representativo y sensible de la voluntad, y la primera causa mecánica de todos los fenómenos. Dios al darle esta manera de ser, ha previsto todas sus consecuencias.

§. III.

El *espacio* ó el vacío absoluto separa en cierto modo la materia del espíritu. El espacio no es ninguna cosa real, ni tiene mas que una propiedad negativa, que en efecto solo es la privación de la única propiedad absoluta que distingue la materia del espacio. Pero es la condicion esencial sin la cual no podria verificarse el *movimiento*, es en una palabra su causa *condicional*.

El movimiento es el *paso* ó *tránsi-*

*to de un lugar á otro ó la ocupacion sucesiva de diferentes puntos del espacio; y asi es como la he considerado cuando he buscado en el espacio su causa condicional. Mas podemos mirarla bajo otro punto de vista. Un cuerpo material pasa del reposo ó quietud al movimiento; y entonces la condicion de este efecto la consideramos como una propiedad que pertenece á este cuerpo, y la llamamos *movilidad*. Pero esta propiedad, si podemos llamarla asi, tiene ella misma por causa *condicional* la penetrabilidad del espacio.*

Casi no tengo necesidad de decir que el movimiento primitivo ó el paso del reposo al primer movimiento, si ha estado primitivamente la materia en quietud, tiene su causa *productiva* en la voluntad: seria en vano querer buscarla en otra parte.

§. IV.

En el sentido propio y riguroso de la palabra creacion, es muy difícil, por no decir imposible, aligarle una idea precisa, clara y distinta. *Sacar la materia de la nada*, es una espresion impropia y embarazosa. La materia no ecsistia de modo alguno en la nada para que de ella Dios pudiera sacarla. Dios por su voluntad ha dado solamente á cada uno de los puntos de una porcion del espacio, esto es, de la estension que nos estuviese todavia modificada, esa propiedad generalmente sentida y conocida con el nombre de *impenetrabilidad*, pero de la cual podria suceder que nos formásemos una idea falsa, ó al menos muy imperfecta.

Bien puede ser que esta propiedad solo sea una *pura fuerza*, asi como la misma voluntad, si se me permite esta comparacion. Entonces si queremos consi-

derar la materia como una cosa diferente de esta fuerza ó propiedad, podemos decir con certeza que la materia no existe, ni tampoco los cuerpos. Si por el contrario, hacemos consistir la materia en esta fuerza misma, suponiendo que se estienda indefinidamente al rededor de cada punto que es su centro, y por degradacion de intensidad; entonces será cierto que todo está lleno, y que sin embargo el movimiento no es imposible.

De todas maneras, y bien sea que Dios haya creado la materia, ó que exista ella desde la eternidad, no habiendo hecho mas que darle sus formas, parece constante que la constituye la impenetrabilidad sola, y que ella es la única propiedad absoluta que la distingue del espacio.

Poco importa que partamos del espacio que nada tiene de real ó de materia, esto es de la estension impenetrable, para recorrer la linea, ó si se quie-

re el círculo de los fenómenos físicos y psicológicos; supuesto que no siendo la estension una modificacion del espíritu, que se encuentra de este modo fuera de su círculo, no podemos en ningun caso remontarnos mas arriba de la misma estension.

La propiedad de que aqui se trata, quiero decir, la impenetrabilidad, es la causa condicional de un efecto, cuya causa *productiva* debe ser el movimiento: y este efecto es la resistencia ó el *choque*, es el concurso y contacto de los cuerpos ó de los puntos materiales.

§. V.

La materia solo tiene una propiedad absoluta que la hace diferente del espacio, pero tambien tiene otras relativas que distinguen unas de otras las diversas partes materiales. En efecto; sea

que primeramente no haya formado mas que una sola masa, que en seguida ha sido dividida en moléculas diversamente configuradas, y de tamaño vario, lo que no es verosímil; sea que las formas y la independencia recíproca de estas moléculas principien en el origen de la materia; ó sea por último que siendo en el principio todas homogéneas y semejantes entre sí, se hayan despues unido de dos en dos, de tres en tres &c. para producir partículas de todas las formas imaginables; parece cierto que en el estado actual de las cosas, estén los cuerpos formados de puntos materiales que se diferencien unos de otros por el volumen y la configuracion unidas entre sí por una fuerza oculta en tanto que otra obrando en sentido inverso, se opone à que estos puntos físicos se encuentren hasta tocarse.

Cualquiera que sea la naturaleza de estas fuerzas, que podrán ser únicamente choques, acciones mecánicas, pe-

ro cuya causa primaria está en la voluntad; y cualesquiera que sean las transformaciones que esta misma causa modificante haya producido en la materia; de estas modificaciones y fuerzas resultan todas las propiedades de que están dotados los cuerpos, como son; la porosidad, la densidad, la dureza, la fragilidad; la ductilidad, la flexibilidad y la elasticidad.

Estas *propiedades diversas* se hacen en seguida las causas condicionales de las diferentes maneras de obrar los objetos externos sobre los sentidos, y de unos sobre otros: y la causa *productiva* de estas acciones diversas, es el contacto, el choque, que como ya he dicho, es el efecto del movimiento y de la impenetrabilidad.

§. VI.

Es de observar que las propiedades de los cuerpos se diferencian ab-

solutamente de moléculas de que se componen, aun que deriven de ellas directamente: tambien del conjunto de varias substancias de naturaleza diferente, como por ejemplo, de dos metales eterogeneos resultan algunas propiedades como el galvanismo, de el cual no estaba dotado separadamente ninguno de estos cuerpos. No deberemos, pues, estrañar que las propiedades de que gozan los sères organizados, que no son mas que conjuntos de sustancias diferentemente dispuestas, en cierto órden, sean tan diversas de las de la materia inorgánica. Por lo que hace á lo demás, hay en la organizacion una infinidad de grados; y todos los sères que tienen vida parecen no formar mas que una sola cadena, desde la planta, hasta el hombre de talento mas sobresaliente y el mas perfecto por sus qualides morales é intelectuales.

En los cuerpos orgánicos, principalmente en los sères animados, cada par-

te difiere de todas las demas por su organizacion particular, así como por sus propiedades y funciones; aun cuando estén todas enlazadas á un centro comun, y mas ó menos dependientes unas de otras. A estas partes las llamaremos *órganos*. Sus diferentes maneras de ser son las causas *condicionales* de las diversas impresiones que *producen* en estos órganos los objetos externos segun la manera de obrar. Abrazaré todas las propiedades orgánicas bajo la denominacion comun de organizacion.

§. VII.

Llamo *movilidad nerviosa* aquella propiedad en virtud de la cual se comunican al cerebro las impresiones producidas en los órganos. Esta propiedad que indica ya la presencia del espíritu en la materia orgánica, es una modificacion que la voluntad, ó la accion del espíritu unido á la materia, hace

sufrir á la misma organizacion.

No se sabe de qué manera obran los nervios para transmitir al cerebro las impresiones de los sentidos y de los órganos internos: pero es evidente que la movilidad nerviosa es la causa *condicional*, y las impresiones de que se trata, las causas *productivas* del movimiento comunicado al cerebro. Daré á este efecto, á esta accion el nombre de *movimiento nervioso*, para distinguirla de la que se le opone, y que se verifica cuando son los nervios y el cerebro los que obran en los sentidos. La propiedad en virtud de la cual se verifica esta última accion pudieramos designarla con el nombre de *actividad nerviosa*; porque se opone á la *movilidad* nerviosa del mismo modo que la *actividad* propiamente dicha se opone á la *movilidad* del alma.

§. VIII.

El alma obrando sobre los nervios los hace capaces de transmitir las impresiones de los sentidos; y la substancia cerebral, ó sea la parte material del alma, puesta en acción por su actividad, hace capaz á su vez de recibir estas impresiones. Esta última capacidad es la misma *sensibilidad* propiamente dicha; y estas sensaciones son lo que llamamos sentimientos.

La sensibilidad es una propiedad que al parecer el alma tiene de la materia, así como tiene evidentemente su actividad del espíritu. Pero si esta actividad no estuviese continuamente en ejercicio, el alma no sentiria; ella siente porque quiere, porque obra; y quiere ó obra ya libre ya necesariamente, ya á sabiendas ó sin saberlo, mientras vive el cuerpo, ó no está sumergido en el sueño. Y aun en este caso

la actividad del alma no está enteramente suspendida, ni con mucho; pero no se reconcentra sobre los órganos de los sentidos.

¿Necesito añadir que el sentimiento tiene una causa productiva en el movimiento nervioso, y que la sensibilidad es su condicion esencial?

§. IX.

Cuando nos ponemos á mirar un objeto cualquiera, viene su imagen á pintarse en la retina, *produciendo* en el órgano una *impresion* mas ó menos fuerte, y por poco que dirijamos la vista con alguna atencion, *produce* á su vez esta impresion un *movimiento* en el sistema nervioso, y este un sentimiento en el alma ó en el cerebro. Si en seguida concentramos nuestra actividad en el órgano que recibe este sentimiento, ó, si se quiere, sobre el mismo sentimiento, este *producirá* una *idea*. En fin si el

alma concentra su actividad en esta idea, y la mira en cierto modo, esta se irá reproduciendo por sí sin interrupcion, y su existencia se hará como permanente. Le sucederá á esta idea como á un sonido prolongado que efectivamente no es mas que una serie de sonidos sucesivos sin intervalo, y que aun dominan los unos á los otros; porque las sensaciones (y lo mismo sucede á las ideas) nunca son instantáneas, y siempre duran algo mas que la causa que las ha producido. En esto consiste que semejante serie de sonidos no es realmente para nosotros sino un sonido continuo.

Si despues de haber perdido enteramente de vista el objeto en cuestion, y tambien la idea que indirectamente ha producido, volveremos á ver, tal ó cual parte solamente de este mismo objeto: lo que veamos actualmente recordará la idea del objeto entero: y esta idea podrá recordar á su vez la de otro

objeto que coeexistia con el primero ó que le hubiera seguido inmediatamente: y que se hallára *junto à él* bien fuese *en el espacio ó en el tiempo*. Pero todo lo que hemos visto mientras ha durado nuestra pasada ecsistencia; todo lo que hemos oido; todas las impresiones que hemos recibido, no forman en cierto modo mas que un solo todo, una sola cadena; y esto sería rigorosamente cierto si tubiésemos una idea igualmente exacta, igualmente distinta, é igualmente fuerte de cada una de las cosas que han ecsistido, ó que han pasado en nosotros ó al rededor de nosotros. Entonces ya nos sería casi imposible estar actualmente afectados por una de estas cosas sin recordarnos todo lo pasado, sin verlo con los ojos del alma en el mismo órden, en la misma relacion de sucesion y colocacion, que se nos había presentado antes. Pero no es así: la mayor parte de los eslabones de esta cadena están quebrados, desunidos ó enteramente desgas-

tados; ya no nos quedan sino algunos de ellos esparcidos y de fuerza desigual, lo que quizá es una felicidad.

Sea lo que fuere, cuando la presencia de una cosa, ó de la idea de esta cosa, nos recuerda una ú otras varias, y cuando el alma fijando en ellas su atención y concentrando en las mismas su actividad, retiene en cierto modo estas ideas, ellas pueden *producir* otras que no ha podido tener todavía. Estas son las ideas de relacion, ideas puramente intelectuales que se diferencian quizá tanto de las ideas sensibles como difieren estas de las sensaciones, y cuanto difieren las sensaciones de las impresiones producidas en los sentidos por los objetos externos.

Cualesquiera que puedan ser nuestras disposiciones naturales; cualquiera que sea el grado de sensibilidad, ó mas generalmente, de movilidad de que esté dotada nuestra alma; tenemos frecuentemente necesidad, aun en la edad ma-

dura, de emplear grandes esfuerzos de espíritu; de concentrar con fuerza y largo tiempo nuestra actividad en un mismo punto; de dar á la misma alma, si puede decirse así, el mas alto grado de tension para hacerla capaz de producir ideas nuevas, ó al menos para recordarnos siquiera ideas ya adquiridas: y aun seríamos felices, si no llegasen á ser infructuosas del todo y absolutamente impotentes nuestros esfuerzos. Pero todas las cosas iguales por otra parte, y en general, las ideas se forman y reproducen con tanta mas felicidad, cuanto mas acostumbrado esté el espíritu á semejante ejercicio, y por este mismo se hace el alma mas capaz de sentir, de ser, y conocer. La sensibilidad propiamente dicha mudando así de caracter, se convierte con el transcurso del tiempo una nueva propiedad que puede ser considerada bajo muchos puntos de vista. Bajo la comun denominacion de ima-

jinacion comprendo las diversas modificaciones de la sensibilidad, ó propiedades en cuya virtud, las ideas, cualquiera que sea su naturaleza, se forman y reproducen. Por la imaginacion propiamente dicha se forman las ideas de toda especie: por la memoria se reproducen; y si confundo aqui estas propiedades, es porque el *recuerdo* que es la idea reproducida, no difiere de la idea primitivamente adquirida; y de otra parte porque dan muy comunmente á la voz *recuerdo* un sentido mas estenso, ó mas compuesto, y le hacen significar una idea reproducida acompañada de reminiscencia.

Las ideas se reproducen las mas veces por la existencia actual de otras ideas, con las cuales tienen alguna relacion de enlace natural, artificial, de convenio ó de circunstancia. Ellas á veces por relaciones mas ó menos remotas, y las mas veces sin percibirlas, se ligan á otras infinitas que

todas pueden reproducirlas. De aqui viene sin duda, que no viendo como renacen, nos figuramos que se conservan en el alma como objetos reales en un depósito, y que se representan por sí mismas, ò que podemos recordarlas segun y cuando queremos. Lo cierto es que una idea actualmente presente en nuestro espíritu, puede reproducir una idea adquirida ya, con la que no tiene sin embargo enlace natural ni analogía; al paso que no podria esta por la vez primera nacer de este modo, esto es, por la sola existencia de una idea que no tuviese con ella relacion alguna.

Los sentimientos producen las ideas y estas pueden á su vez dar origen á otras ó producirlas, primero confusas y despues distintas: asi como pueden tambien producir otros sentimientos.

El sentimiento-sensacion es la causa *productiva* de la idea sensible. La imaginacion es la causa *condicional* de todas las ideas.

§. X.

De la memoria, ó mas generalmente de la imaginacion modificada por la accion del alma, por la voluntad, nace la *conciencia*; propiedad por la cual reconocemos la identidad de la idea con su recuerdo, esto es, de la idea primitiva con la idea reproducida, sin que por eso se confunda una con otra. Este reconocimiento, que tanto difiere de la misma idea, cuanto esta difiere de la sensacion, es lo que llamamos *remiscencia*.

En vano mil y mil veces se reproducirían nuestras ideas; sin la remiscencia todo se reduciría para nosotros al momento presente: volveríamos á empezar á cada instante una nueva existencia, no tendríamos idea alguna de lo pasado, ni de lo futuro, ni de nuestra misma existencia. ¿Pero como podemos distinguir dos ideas perfectamente idénti-

cas? Por la diferencia de las ideas accesorias que las rodean, por las circunstancias en que nos encontramos.

Todo muda en derredor nuestro; y hasta nosotros mismos mudamos á cada momento ya física ya moralmente. Es, pues, casi imposible que una idea se nos presente varias veces en circunstancias absolutamente semejantes, ó acompañadas de las mismas ideas accesorias. Pero una diferencia mas ó menos sensible entre las circunstancias ó entre las ideas accesorias que rodean la idea principal cuando se está formando, y las que la acompañan cuando se reproduce, haciendo resaltar mejor la identidad de la idea primitiva con la reproducida, tambien impide que las confundamos una con otra.

Ya hemos llegado al último producto de la voluntad, y á la última modificación de la sensibilidad, á aquella que se acerca mas á la misma actividad. Veamos ahora en qué consiste la

facultad de pensar.

§. XI.

Pensar es obrar, querer, estar atento, comparar y raciocinar: es conocer, juzgar, adquirir ideas, acordarse: es poner en juego la sensibilidad ó mas generalmente la movilidad para producir ideas; y bajo este nombre de *movilidad*, comprendo la *sensibilidad*: propriamente dicha, la *imaginacion*, la *memoria*, y la *conciencia*.

La *facultad de pensar* supone, pues, por una parte, la *actividad*, ó la facultad de obrar; y por otra la *movilidad* ó la *sensibilidad* en general.

El *Entendimiento* es la facultad de pensar puesta en ejercicio, y comprende la *accion* y el *movimiento*.

La *accion* del alma es la *voluntad*. El *movimiento* del alma es el *sentimiento* en general que comprende el sentimiento propriamente dicho, la *idea*,

el *recuerdo*, y la *reminiscencia*.

La voluntad comprende la *atencion*, la *comparacion* y el *raciocionio*.

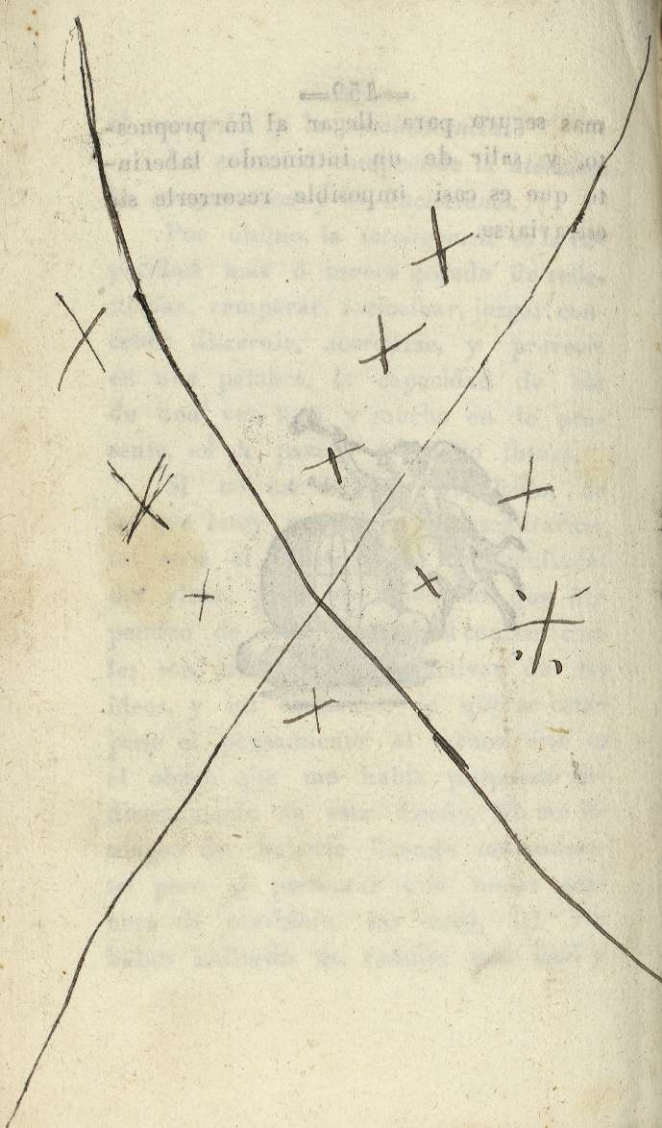
Por último, la *inteligencia* es la capacidad mas ó menos grande de reflexionar, comparar, raciocinar, juzgar, concebir, discernir, acordarse, y preveer; en una palabra, la capacidad de ver de una vez bien y mucho en lo presente, en lo pasado y en lo futuro.

Si no me hubiese engañado, de lo que estoy muy lejos de asegurarme, tal sería el sistema de las facultades del alma, y de los fenómenos que dependen de ellas. He dado á conocer cuales son las causas productivas de las ideas, y los elementos de que se compone el pensamiento: al menos éste es el objeto que me habia propuesto indirectamente en este diseño. No me li-songeo de haberle llenado enteramente: pero al presentar una nueva manera de considerar las cosas, tal vez habré indicado un camino mas fácil y

mas seguro para llegar al fin propuesto, y salir de un intrincado laberinto que es casi imposible recorrerle sin estraviarse.



mas seguro para llegar al fin propuesto
los y salir de un intrincado laberinto
lo que es casi imposible recorrerlo sin
guías.



CUADRO DE LAS FACULTADES DEL ALMA.

SUSTANCIAS.	PROPIEDADES.	EFECTOS.
Universo. Espíritu { puro ó DIOS } Estension { espacio } materia { demental. } cuerpo { inorgánicos. } organizados { animales } vegetales }	Actividad causa condicional de la voluntad Penetrabilidad, causa productora. } Impenetrabilidad, causa condicional. } Propiedades diversas, causa condicional. } Organizacion, causa condicional. } Movilidad nerviosa, causa condicional. }	Movimiento, del Choque, del Maneras de obrar de las diversas de los objetos externos causa prod. } Impresiones de las sobre los órganos causa prod. } Movimiento nervioso, del causa prod. }
FACULTAD DE PENSAR, supce actividad y movimiento del alma que comprende		
Entendimiento comprende, supce y produce.		
Accion ó voluntad y movimiento del alma, que comprende que comprende		
Atencion. comparacion. Raciocinio. Sentimiento. Idea. Reminiscencia. que forman y exponen la Inteligencia.		